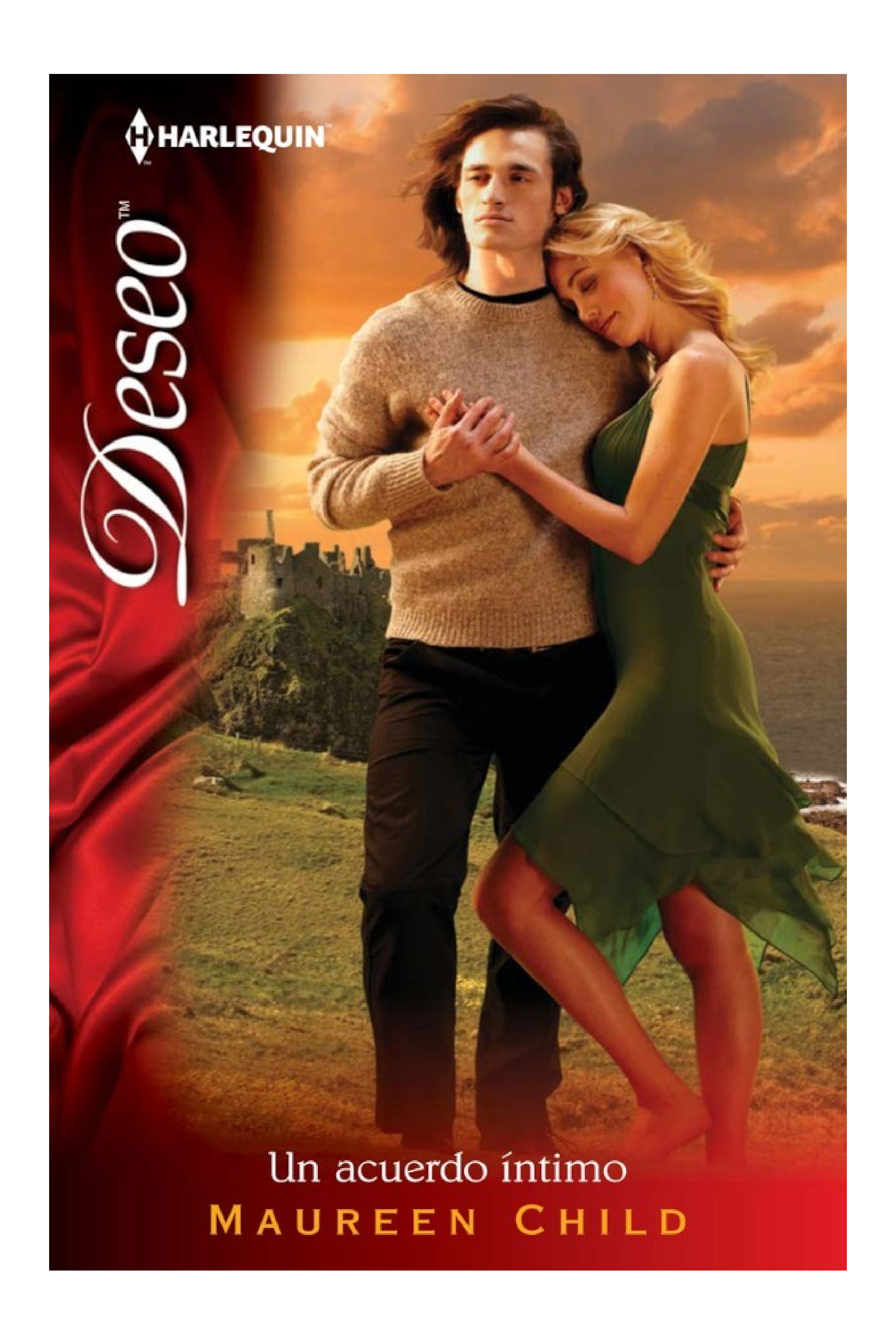


HARLEQUIN
Deseo
Un acuerdo íntimo
MAUREEN CHILD

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2012 Maureen Child. Todos los derechos reservados.
UN ACUERDO ÍNTIMO, N.º 1903 - marzo 2013
Título original: Up Close and Personal
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2013

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-687-2685-4
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo Uno

–¡Laura, sé que estás ahí!

Ronan Connolly aporreó de nuevo la puerta frontal pintada de azul intenso, luego se detuvo para escuchar. En el interior de la casa no se oyó ni un sonido, aunque sabía muy bien que Laura estaba allí. Diablos, prácticamente podía sentirla de pie al otro lado de la condenada puerta.

Mujer obstinada.

Los segundos pasaron y el silencio lo irritó aún más. Observó el Volkswagen amarillo aparcado junto a la casa… el coche de ella, luego miró otra vez con ojos centelleantes la puerta cerrada.

–No vas a convencerme de que no estás en casa. Tu maldito coche está aparcado en la calle, Laura.

Entonces oyó su voz, amortiguada pero clara.

–En los Estados Unidos es una entrada de vehículos particular, Ronan. Ya no estás en Irlanda, ¿lo has olvidado?

–No sabes cuánto lo lamento –se pasó una mano por la cara y puso los ojos en blanco, frustrado. Si se encontraran en Irlanda, tendría a media villa de Dunley de su lado y la obligaría a abrir esa condenada puerta.

–Te he oído –dijo ella–. ¡Y cuando quieras siéntete libre de subirte a uno de tus aviones privados para volver a Connollylandia!

Pensó que ojalá pudiera. Pero había ido a California para abrir una sucursal de su negocio y hasta que Cosain funcionara como debía, no se iría.

Sin embargo, en ese momento estaba cansado, irritable y sin ganas de tratar con más mujeres. En especial con una como Laura.

Había pasado las últimas seis semanas viajando por Europa haciendo de guardaespaldas de una estrella del pop de dieciséis años cuyas canciones solo eran un poco menos molestas que su actitud. Entre la chica y la madre posesiva, Ronan había estado más que dispuesto para que el trabajo concluyera y poder regresar a una vida normal. Y una vez de vuelta, había esperado paz. Orden. A

cambio…

Apretó los dientes y contó hasta diez. Luego lo hizo una segunda vez.

–No me importa cómo quieras llamarlo, Laura, pero tu coche está aquí y tú también.

–Podría haber estado fuera –gritó ella–. ¿Se te ocurrió eso? Tengo amigos, ¿sabes?

–Pero no estás fuera, ¿verdad? –preguntó con tono razonable, felicitándose por ello–. Estás aquí, distrayéndome y haciendo que le grite a una maldita puerta cerrada como si fuera el idiota del pueblo al que acaban de dejar solo por primera vez.

–No tienes que gritar, puedo oírte bien –repuso ella y su voz se transmitió perfectamente a través de la madera.

Laura Page vivía en una calle tranquila en Huntington Beach, California, en una de una docena de casas construidas para parecerse a un pueblo de Cabo Cod. La primera vez que Ronan había visto la casa, le había parecido encantadora.

Una brisa fresca procedente del océano soplaba por la calle estrecha y agitaba las ramas del olmo pelado que se erguía en el patio delantero de la casa. Unas densas nubes grises prometían una tormenta casi inminente, y esperó no estar de pie en ese maldito porche cuando cayera.

–También tus vecinos pueden oírme –señaló, saludando con un gesto de la cabeza al hombre que recortaba con vigor un seto–. ¿Por qué no abres la puerta para que podamos arreglar esto? Juntos. En privado.

–No tengo nada que decirte.

Él soltó una risa breve. Sería la primera vez. Jamás había conocido a una mujer más dogmática. Al principio había sido un rasgo que le había gustado. Estaba rodeado de mujeres sonrientes y vacuas que coincidían con todo lo que él decía y le reían los chistes más bobos con tal de ganárselo.

Pero Laura no.

No, desde el principio se había mostrado obstinada, polémica e impasible ante su riqueza o celebridad. Tenía que reconocer que había disfrutado del combate verbal con ella. Admiraba una mente rápida y una lengua afilada. La había admirado aún más en cuanto había podido meterla en su cama.

Bajó la vista a la docena de rosas rojas que sostenía en la mano derecha y se dijo que era un idiota por pensar que podría influir sobre esa mujer con unas flores bonitas y un discurso fluido. Y eso que todavía no las había visto.

Bufó y bajó un poco la voz.

–Sabes por qué estoy aquí. Así que deja que acabe de una vez.

Una pausa momentánea, como si ella pensara en lo que él acababa de decir.

–No puedes tenerlo –respondió al final.

–¿Qué?

–Ya me has oído.

Ronan miró la puerta con ojos entrecerrados.

–Sí, te he oído. Aunque no me lo creo. He venido por lo que es mío y no me iré hasta tenerlo.

–¿Tuyo? Has estado ausente dos meses, Ronan. ¿Qué te hace pensar que sigue habiendo algo tuyo?

Tiró las rosas al suelo y apoyó ambas manos sobre la puerta.

–Laura, he estado diez condenadas horas en un avión. Cariño, me encuentro casi al límite. En estas últimas semanas solo he pensado en volver a mi casa en los riscos y ver a mi maldito perro. No me marcho sin él.

De pronto la puerta se abrió y ahí estaba ella. Un metro setenta de rubia curvilínea con un par de ojos azules tan claros y hermosos como un cielo estival. Incluso con sus vaqueros gastados y su camisa blanca, lo dejaba sin aliento, y eso lo crispaba.

Él bajó la vista y vio a su perro apoyado contra ella con adoración servil. Le frunció el ceño al animal al que llamaba Bestia, pero el perro lo soslayó por completo.

–¿Me ausento unas semanas y ya me has olvidado? –le preguntó al animal con tono helado–. ¿Qué clase de lealtad es esa del mejor amigo del hombre?

El perro gimió y se apoyó aún más contra Laura hasta que se tambaleó un poco por el peso del animal.

–Un «mejor amigo» no lo habría abandonado –respondió ella.

–No lo dejaron en la selva para que cazara su propia comida –espetó Ronan–. Mi primo Sean…

–Lo dejó conmigo cuando regresó a Irlanda. Ya puedes ver que Bestia está bien. Aquí es feliz. Conmigo.

–Puede ser –concedió después de dedicarle otra mirada dura a su perro traidor–. Pero no es tuyo, ¿verdad?

–Está en mi casa. Eso lo hace mío.

–Solo está en tu casa porque Sean te pidió que cuidaras de él hasta que yo regresara.

Y por eso, le debía a su primo un puñetazo en la cara. Ante la inesperada necesidad de volver a Irlanda, aquel le había pedido a Laura que cuidara de Bestia con el fin de ahorrarle al animal un mes entero en una perrera. Algo que Ronan no supo hasta que fue demasiado tarde.

No había visto a Laura desde que finalizara la relación con ella dos meses antes. Aunque no podía afirmar que se la había quitado de la cabeza. Había aceptado en persona el trabajo de guardaespaldas de la cantante en vez de delegárselo a uno de sus empleados solo para establecer cierta distancia con la mujer que en ese momento tenía tan tentadoramente cerca. Pero la distancia no había ayudado. Había pensado en ella y despertado cada mañana con el cuerpo tenso y listo para Laura.

–Ronan –dijo ella con voz paciente–, los dos sabemos que Bestia está mejor conmigo. No se puede decir que tú seas un buen padre de perros…

–No soy su padre, soy su condenado dueño –cortó él.

Laura lo soslayó.

–Pronto vas a regresar a Irlanda y…

–Me llevaré a Bestia conmigo –concluyó por ella.

La verdad era que no había pensado en lo que haría con el perro cuando se acabara su estancia en los Estados Unidos. Pero en ese momento la decisión parecía fácil.

Con la mandíbula apretada, miró esos serenos ojos azules y se preguntó si se sentía tan poco afectada por él como aparentaba. ¿Lo habría olvidado con tanta presteza? ¿Lo había superado por completo?

Haciendo a un lado lo que en una ocasión había habido entre ellos, dijo:

–Bestia es mío y siempre fue mi intención llevármelo a Irlanda conmigo cuando tuviera que irme. Nada ha cambiado.

–Por supuesto que sí –dio un paso hacia él, desalojando al perro de su pierna y haciendo que casi cayera–. En tu país tienes una

perra, ¿verdad?

–Sí. Deirdre.

–¿Y hace cuánto que no la ves?

–Eso no tiene nada que ver con esto.

–Tiene todo que ver –replicó, cruzando los brazos–. Un perro necesita algo más que una visita cada dos meses. Necesita amor. Compañía. Alguien con quien poder contar. Alguien que esté ahí.

Ceñudo, la miró. Esa era la razón principal por la que se había apartado de la relación. Esa mujer tenía casi marcado a fuego en la frente las palabras chimenea, hogar y para siempre. Era una mujer que quería y merecía ser amada. Pero él no era el hombre idóneo para eso. Por lo que había puesto fin a su relación antes de que se complicara aún más.

–¿Hablas de Bestia ahora, Laura, o de ti?

Lo miró atónita.

–Tu ego carece de límites, ¿verdad? ¿En serio piensas que me he quedado sentada llorando, echándote de menos?

La verdad era que, sí, pensaba eso. Y cuanto más se indignaba ella, más certeza tenía de que le pasaba lo mismo que a él, no lo había podido olvidar.

–Esto no trata sobre nosotros, Ronan. Es sobre Bestia, y tú no puedes tenerlo. No te lo mereces.

Antes de poder contestarle, le cerró la puerta en la cara y Ronan oyó cómo echaba el cerrojo. Aturdido, se quedó mirando esa puerta cerrada largo rato. No podía creérselo. Nadie le cerraba una puerta en la cara a Ronan Connolly.

La oyó tranquilizando a Bestia, diciéndole que estaba a salvo de los bravucones y eso bastó para que estuviera a punto de volver a aporrear la puerta. Pero se lo pensó mejor. La dejaría creer que había ganado esa batalla. Ella se relajaría y más adelante sería mucho más fácil atravesar sus defensas.

Aún furioso, giró en redondo, pisó las flores caídas y se marchó.

Pero volvería. Los Connolly no sabían abandonar.

Laura temblaba cuando oyó el coche deportivo de Ronan irse. Volver a verlo había sido mucho más duro que lo que había imaginado.

La furia que había contemplado en esos ojos azules oscuros la había agitado tanto como cuando los había visto centellear por la pasión.

Alto, de hombros anchos, con el pelo castaño que exhibía un destello rojizo bajo el sol, lucía trajes y vaqueros con el mismo aire casual que hacía que resultara intimidador e irresistible al mismo tiempo. Y al parecer dos meses de separación no habían mitigado la reacción que le producía.

Desde el instante en que varios meses atrás había entrado en su inmobiliaria, Laura había sabido que se encontraba en problemas. Sí, su hermana y ella ya le habían vendido casas a gente inmensamente rica con anterioridad, pero nunca había experimentado la más leve tentación de encajar en ese mundo. Con Ronan había sido distinto desde el comienzo.

Todavía lo deseaba. Pero su mente era más inteligente y sabía que los dos meses que había estado fuera de su vida eran lo mejor. Después de todo, al aceptar esa deslumbrante aventura había sabido que no podría durar. Él era rico; ella no. Él conducía un Ferrari y ella un Volkswagen. Él vivía en Irlanda y ella iba a quedarse en California.

Suspiró y bajó la vista al perro. Bestia era grande… como mínimo pesaba cuarenta kilos y tenía una espesa mata de pelaje negro que le caía sobre los ojos. Nadie sabía la mezcla de razas que podía tener, pero Laura a veces pensaba que en su linaje seguro que podía haber hasta un poni.

En ese momento Bestia la miraba como si simpatizara con su situación y ella sonrió. Entonces el animal le dio un lametón prolongado y Laura rio. A su propia manera, Bestia era tan seductor como su amo… otro motivo por el que no renunciaría a él. Se incorporó y fue a la cocina seguida por el perro.

–Bueno –dijo su hermana, Georgia, desde la mesa de la cocina–. Eso ha sido muy digno.

Laura se sirvió una taza de café y fue a sentarse frente a su hermana.

–Yo no buscaba nada digno.

–Menos mal.

Ya conocía la opinión de Georgia sobre toda la situación con Ronan: «Jamás mezcles los negocios con el placer». Pero no quería

pasar por todo eso otra vez. Evitó la mirada de Georgia.

Georgia movió los dedos sobre la superficie de cristal hasta que a Laura no le quedó más remedio que mirarla.

–Georgia, no pienso hablar de esto.

–Perfecto –su hermana dejó la tableta y cerró la tapa sobre la pantalla–. Hablaré yo y tú escucharás. ¿De verdad pensaste que Ronan no iba a presentarse a reclamar a su perro?

–Claro que no –debajo de la mesa, Bestia se dejó caer al suelo sobre sus pies–. Sabía que vendría.

Y una parte de ella había anticipado volver a verlo. Aunque sabía que era inútil, que no tenían un futuro juntos. Que él había puesto fin a su relación asombrosamente ardiente antes de poder involucrarse demasiado. Nada de eso parecía importar. Lo había tenido en la mente desde el instante en que se conocieron.

–¿Y la solución es mantener de rehén a su perro?

–Ya no lo es. Sean me lo trajo a mí, ¿recuerdas?

–Sí. Para que se lo cuidaras a Ronan hasta que volviera –Georgia recogió la taza de café y se echó para atrás.

El cabello rubio de Georgia era de una tonalidad más sutil que la de Laura y lo llevaba corto, justo hasta la línea de la mandíbula. Sus ojos eran de un azul más profundo, el cuerpo exhibía más curvas y el corazón estaba un poco más endurecido. Pero era leal hasta la médula y la mejor amiga de Laura, además de ser también su hermana.

–¿De qué va realmente todo esto, Laura? ¿Intentas vengarte de Ronan? ¿Darle una lección? ¿Lastimarlo como él hizo cuando rompió contigo?

–Yo no haría eso –afirmó–. Además, no me lastimó. Siempre supe que esa relación terminaría.

–Claro. Pero a pesar de lo que dices, lo que afirmo es que esto no es solo por Bestia y tú lo sabes. Lo menos que podrías hacer sería reconocerlo.

¿Por qué? Quizá dolía saber que Ronan podía ponerle fin a su relación y marcharse sin siquiera mirar atrás. Tal vez le había dolido que él no hubiera sentido lo mismo que ella. Quizá aún sentía un aguijonazo de dolor por todo lo que había perdido en los últimos meses.

Pero tenía su hogar. A su hermana. Y en ese momento, un perro.

En realidad, ¿qué más podía pedir? Soslayó la voz interior que dijo: «¿Un poco de amor?». Había intentado eso y no había funcionado. Luego había probado con Ronan una relación ardiente y sexy, sin ataduras, y tampoco había funcionado.

–Quizá haya llegado el momento de considerar entrar en un convento –musitó.

–Si –convino Georgia, riendo–. Porque se te da tan bien la autoridad.

Se vio obligada a conceder que su hermana tenía razón. Después de todo, si las aceptara de buen grado, aún seguiría trabajando en la inmobiliaria de Manny Toledo en vez de tratar de levantar un imperio propio con Georgia. Bestia bufó bajo la mesa y ella sonrió.

–Todo esto es por su culpa –murmuró–. Sí, es el dueño del perro. Pero con eso no basta. Un perro necesita alguien a quien querer. Ronan no puede ir de un lado a otro del mundo y esperar que todo lo esté esperando donde lo dejó cuando vuelva.

–Mmm. Y las dos sabemos que realmente no estás hablando del perro.

Miró ceñuda a su hermana. Cuanto más pensaba en el asunto, más se convencía de que hacía lo correcto. Bestia necesitaba más que lo que Ronan podía darle y, además, el perro se había convertido en parte de su vida. Lo adoraba y no iba a abandonarlo.

Ya le había tocado abandonar demasiado.

Durante un momento, sintió el aguijonazo de las lágrimas. Pero las contuvo y alzó el mentón. Quizá algunos sueños no debían hacerse realidad. Además, tenía una casa que le encantaba; su hermana, con quien compartirla; y un negocio que las dos trabajaban con ahínco para levantar.

–¿Podemos hablar solo del trabajo? –adrede evitó mirar a Georgia.

–De acuerdo, seguiremos un poco más con la terapia de evasión.

–Te lo agradezco –le iría bien un descanso.

–Bueno –comenzó Georgia–, nuestro querido casero nos va a subir el alquiler en seis meses…

–¿Qué?

–Pero también se ofreció a bajar el precio si aún queremos comprar el edificio.

–¿Dónde está el sentido de subir el alquiler y bajar el precio de

compra?

–No lo tiene –convino su hermana–. Pero mientras él establezca las reglas, puede hacer lo que le apetezca. Y nuestro contrato vence en seis meses, así que…

Las dos eran dueñas de una oficina inmobiliaria de Brand New Page y alquilaban un pequeño edificio en Pacific Coast Highway, en Newport Beach. El alquiler era escandaloso, pero esa zona de Orange County era famosa por sus alquileres elevados. Para vender el tipo de casas en el que ambas se especializaban, tenían que estar en el centro de todo.

–¿Por qué está dispuesto a bajar el precio del edificio?

–Ni idea –Georgia se encogió de hombros–. Pero el mercado ha bajado y él lo sabe. Además, su esposa quiere trasladarse a Montana para estar cerca de sus nietos.

–De modo que lo único que necesitamos es un anticipo enorme.

–Sí –convino Georgia con ironía–. Nada más.

–De acuerdo, no será fácil, pero si trabajamos de verdad los próximos meses, deberíamos poder conseguirlo. Yo podría pedir una segunda hipoteca sobre esta casa y…

–No –cortó su hermana con firmeza–. Eso es una locura, Laura. No vas a arriesgar tu casa por esto.

–Nuestro hogar –corrigió.

–Gracias, pero sigo diciendo que no. Encontraremos otra manera.

Afortunadamente, incluso en un mercado inmobiliario a la baja, siempre había un grupo de personas que buscaba casas caras. Unas cuantas de esas comisiones y podrían solucionarlo.

–De acuerdo, entonces, encontraremos un modo para hacer que funcione.

–¿Por qué puedes ser positiva sobre nuestras posibilidades para reunir suficiente dinero para comprar el edificio pero no sobre Ronan?

–¿Acaso no podremos?

–Se supone que la cínica soy yo –señaló su hermana–. Soy yo quien tiene un exmarido fracasado. Quien ha tenido que mudarse contigo al divorciarse porque dicho marido vació nuestras cuentas corrientes antes de marcharse de la ciudad con la animadora pechugona.

Laura rio ante la descripción, ya que era exacta. El exmarido de Georgia había sido entrenador de fútbol en una pequeña universidad de Ohio. Dos años atrás, al terminar la temporada, la jefa de las animadoras y él huyeron a Hawái, llevándose hasta el último céntimo de la cuenta que compartían junto con casi toda la autoestima de su hermana.

Georgia había necesitado tiempo para superar la traición y la humillación de ese abandono. Pero al final el temperamento de la familia Page había ayudado y Georgia había terminado por enfadarse. Era mucho más fácil vivir así que sentirse triste… como Laura sabía muy bien.

–Yo sé por qué no confío en los hombres –dijo Georgia–. Pero mi pregunta es, ¿reaccionas así ante Ronan por lo que Thomas te hizo?

Thomas Banks. Su exnovio. Cinco años antes había perdido un sueño, pero había pasado tanto tiempo ya que casi no recordaba por qué había creído estar enamorada de él.

–No. Esto es diferente. Se suponía que Thomas sería para siempre… bueno, hasta que me dejó por Dana… Sea como fuere, la verdad es que perderlo no me dolió. Creo que jamás lo amé y se merecía algo mejor.

–Y también tú –añadió Georgia.

–Y tampoco debería dejar que Ronan me hiera –indicó con una sonrisa–. Al involucrarme con él sabía que era temporal. Yo soy hogareña, él es aventurero. Nunca coincidiremos.

–Sin embargo, te has quedado con su perro.

Otra vez sintió ese leve aguijonazo de culpabilidad. En especial al recordar la expresión perpleja de Ronan al negarse a devolverle el animal.

Laura bajó la mano para acariciarle un momento la cabeza al animal.

–Bestia ahora es mío y seguirá siéndolo.

–Buena suerte.

Y la iba a necesitar. Ronan se había ido, pero regresaría. Laura lo sabía. Ronan Connelly no aceptaba la derrota. Jamás. Era la clase de hombre que hacía que las cosas sucedieran para adaptarse a él. Había hecho que su empresa fuera el primer negocio de seguridad privada del mundo. Viajaba en jet privado. Conocía a los famosos y se movía por la vida con la seguridad de un gladiador.

Lo cual resultaba atractivo e irritante. Resultaba imposible mantener una discusión con un hombre que jamás creía estar equivocado.

–En cualquier caso, esto no tiene nada que ver con el perro –le recordó Georgia con suavidad–, y las dos lo sabemos.

Miró a su hermana y se preparó, a pesar de que no quería hablar del tema.

Pero Georgia era demasiado terca para dejarlo estar.

–No puedes culparlo por algo que ni siquiera conocía.

–No lo estoy culpando –replicó, aunque una parte de ella lo hacía–. De verdad que no. Ronan es el pasado, eso es todo. Y yo sabía que nuestra relación tenía fecha de caducidad cuando la acepté.

–No tiene por qué acabarse –sugirió su hermana.

–No fui yo quien le puso fin, ¿recuerdas? No está aquí para siempre. Regresa a Irlanda. Y da la casualidad de que yo vivo aquí. Y aparte de todo eso, queremos cosas diferentes. Nos movemos en mundos diferentes. El fin está… predestinado.

–¿Y no piensas contarle qué hay detrás de todo esto? ¿No crees que tiene derecho a saberlo?

–Tal vez lo tenga –giró la cabeza para observar los árboles y las hojas que caían junto con la lluvia súbita que azotaba los cristales.

Al fin comenzaba a aceptar que lo que había tenido con Ronan se había terminado. La esperanza era ridícula cuando no existía motivo alguno para ella.

–¿Qué sentido tiene informarle de que sufrí un aborto natural del bebé?

–Era su hijo. Quizá eso haga que tenga suficiente sentido.

«Pero no cambiará nada», pensó Laura. ¿Y si se lo contaba y a él le daba igual?

Capítulo Dos

No fue a casa.

A cambio, Ronan decidió ir al trabajo.

A pesar del cansancio del viaje, sabía que no podría relajarse. En su nueva oficina en Newport Beach, su empresa, Cosain, que en gaélico irlandés significaba «defender», comenzaba a echar raíces. El edificio de dos plantas era pequeño pero elegante, con vistas al mar. Lo importante era que Cosain en ese momento se hallaba en el centro de una de las comunidades más ricas en ingresos per cápita de los Estados Unidos.

Allí vivían los poderosos y paranoicos, justo la clientela de la que dependía su empresa.

Desde luego, había otras empresas de seguridad, y algunas muy buenas, como King Security, también con el cuartel general en San Francisco, aunque varios meses atrás habían abierto una sucursal europea en Cadria.

Sonrió. Si King se trasladaba a su territorio, era normal que él hiciera lo mismo. Además, Cosain no buscaba los mismos trabajos que la otra empresa, que se especializaba en seguridad de edificios y acontecimientos. La suya se especializaba en la seguridad personal. Guardaespaldas. Y si a los jefes de King les irritaba tenerlo allí, lo consideraría una bonificación.

A pesar de que los otros eran buenos, la competencia siempre era saludable. Las rivalidades empresariales inspiraban lo mejor en todos. Y estar en lo que King consideraba su territorio hacía que a Ronan el éxito le resultara más dulce.

Pero ni siquiera el éxito lo satisfacía con facilidad. Siempre había algo más que encontrar. Y en esa comunidad de celebridades y dinero, iba a convertir su empresa en el centro de toda conversación.

Ganar. Todo se centraba en ganar. Lo había aprendido a temprana edad de su padre, hombre despiadado, el mayor de los Connolly había cimentado su fortuna comprando empresas mal

dirigidas e invirtiendo dicha tendencia. Solía decir que lo primero era separar el trigo del grano… despidiendo el lastre y ascendiendo a los ambiciosos. No había hecho muchos amigos a lo largo del camino, pero le había enseñado a su hijo que ganar, terminar en lo más alto, lo era todo.

Una recepcionista sentada ante una mesa lo saludó con un gesto de la cabeza cuando pasó a su lado.

–Buenos días, señor Connolly.

Él asintió también y descartó el nerviosismo que percibió en ella. La mente le bullía con pensamientos, no todos sobre el trabajo.

Subió hasta la primera planta por las escaleras. El ajetreo de los empleados ante los ordenadores, las conversaciones telefónicas con voces apagadas y el ronroneo de una impresora lo tranquilizaron. Lo centraron. Para eso había ido a California. Eso era lo importante en la vida. No una mujer. No un perro.

Los negocios.

Lo que mejor sabían hacer los Connolly. Lo que le había brindado el éxito y hecho que su vida encajara, tal como le habían inculcado desde pequeño.

Aunque sabía que si el viejo tirano siguiera vivo, no estaría impresionado.

No importaba. Lo que hacía, lo hacía para sí mismo, no para complacer a un padre fallecido hacía tiempo que, en cualquier caso, jamás le había dado su aprobación.

Se dirigió a su despacho.

–¡Señor Connolly!

Reconoció la voz de Brian Doherty, pero no aminoró el paso. Brian lo había acompañado desde Irlanda para ayudar a montar y poner en marcha la sucursal. Llevaba con él el tiempo suficiente como para saber que su jefe no frenaba por nadie.

–¿De qué se trata? –preguntó al tiempo que alargaba la mano para recibir los papeles que le extendió el otro.

–Los Benson. Llegarán en unos minutos para la reunión que programó desde el avión.

–Cierto –movió la cabeza disgustado, ya que con todo el drama de la casa de Laura, había olvidado la reunión. Esa mujer no solo afectaba su vida, también sus negocios. Demostrando lo cansado que realmente estaba.

Desterró a Laura de su mente y repasó el historial de los Benson. Benson Electronics. Jeremy y Maria, padres ricos y entregados de dos adolescentes que ya habían quemado a varios guardaespaldas de compañías menores. En ese momento querían a dos especialistas de Cosain con un contrato a largo plazo. Justo el tipo de cliente que Ronan prefería.

–Hazlos pasar en cuanto lleguen –dijo al entrar en su despacho. Cerró la puerta y miró alrededor, asegurándose de que nada había cambiado en su ausencia. Seis semanas era mucho tiempo. De no haber tenido a Brian allí, teléfonos por satélite y faxes, jamás habría sido capaz de encargarse de un trabajo personal en esa fase. Pero su empresa era una máquina bien lubricada, aparte de que había llevado a los Estados Unidos a mucho personal ya entrenado que garantizara una transición fluida.

Ceñudo, se sentó ante su escritorio, alargó la mano al teléfono y marcó un número. Establecida la conexión, a la segunda llamada habló una voz familiar, sus palabras matizadas por la música de Irlanda.

–Ronan. ¿Eres tú?

–¿Quién más estaría llamando desde mi teléfono? –replicó.

–Pensé que podía tratarse de uno de tus empleados, ya que sabía que estabas protegiendo a esa cantante caprichosa.

–He vuelto. Y he ido a la casa de Laura a recoger a mi perro.

–Ah, Bestia –dijo Sean–. ¿Cómo está?

–¿Cómo puedo saberlo? Apenas pude echarle un vistazo –algo que aún lo irritaba.

–¿Y por qué diablos no has podido verlo?

–Porque ella no me dejó entrar en su condenada casa –espetó.

–Ah. Sigue enfadada entonces, ¿eh?

–Enfadada está, aunque no tengo idea de la causa.

Sean rio entre dientes.

–La última vez que hablé con ella no me pareció una admiradora tuya.

–No tiene sentido –musitó más para sí mismo. Se había mostrado muy ecuánime cuando dos meses atrás él había puesto fin a la relación.

–En el mejor de los casos, las mujeres son criaturas desconcertantes –expuso Sean–. Quizá solo te quiere de vuelta,

aunque semejante deseo escapa a mi imaginación.

Ronan se pasó una mano por la cara y se preguntó si todo sería por eso. ¿Lo querría de vuelta en su cama y mantendría prisionero a su perro para lograrlo?

–Si se reduce a eso, ¿por qué diablos no me lo dice abiertamente?

–Si entendiera a las mujeres –indicó su primo–, escribiría un libro y ganaría una fortuna vendiéndoselo a todos los hombres del mundo.

Ronan pensó que tenía razón.

–Entonces, ¿cómo recuperarás a Bestia si no te deja entrar en su casa? –añadió Sean.

–Trabajo en ello. Pero se me escapa la razón que pudiste tener para llevarle mi perro a mi ex. ¿En qué estabas pensando, Sean?

–Tuve que moverme con rapidez. El aeropuerto de Knock se iba a reunir para debatir si le daba un hueco a mis aviones. Tenía que estar presente para ganar la batalla.

A regañadientes, tuvo que reconocer que eso podía entenderlo. En la familia Connolly los negocios eran lo primero. Sean llevaba trabajando meses para introducir su línea aérea, Irish Air, en el horario de vuelo de Knock, el aeropuerto internacional del oeste de Irlanda.

–¿Y ganaste?

–Por supuesto –repuso su primo–. Irish Air ahora tendrá tres vuelos diarios al continente. Para empezar –agregó–. A partir de ahí iremos creciendo.

–Te felicito, entonces. Puede que no te dé un puñetazo en la nariz, después de todo.

–Se agradece –dijo Sean riendo–. Aunque recuerdo que la última vez que nos peleamos, fuiste tú quien terminó con la nariz rota, no yo.

–Cierto –inconscientemente se la frotó–. Aún te debo esa.

–No hay prisa por pagarme. Entonces, ¿cuánto tiempo más te quedarás en California?

–No estoy seguro –reconoció, girando el sillón para disfrutar de la vista del océano y el cielo, cubierto por unas nubes oscuras. La vista le recordó su hogar… cielos oscuros, vientos aullantes y aguas revueltas, y de pronto experimentó un aguijonazo de añoranza por

Irlanda–. Todavía tengo que encontrar un lugar apropiado para las oficinas definitivas. Hasta entonces, no me moveré de aquí.

–Así que tienes tiempo de recuperar a tu perro.

–No hay motivo para «recuperarlo». Es mío.

–Perfecto, entonces ve a recuperar a tu chucho y deja que vuelva a la reunión de la que me sacaste.

Colgó y seguía ceñudo cuando llamaron a la puerta. Se puso de pie y dijo:

–Adelante.

Brian abrió la puerta antes de hacerse a un lado para dejar que una pareja entrara.

–Señor y señora Benson, Ronan Connolly.

–Gracias, Brian –dijo, señalando los sillones que tenía ante su escritorio–. Por favor, siéntense.

–Gracias por recibirnos –dijo Maria, juntando las manos sobre el bolso de marca que había apoyado sobre el regazo.

Ronan asintió y miró al marido.

–Es un placer. ¿Qué puede hacer Cosain para ayudar?

Mientras Jeremy Benson comenzaba a hablar, Ronan se concentró plenamente en la pareja.

Bestia roncaba.

Le agradó que al menos uno de ellos pudiera dormir.

En el exterior aún rugía la tormenta y según el capricho del viento, a veces la lluvia azotaba los cristales de las ventanas.

Ella no dejaba de oír la voz de Ronan en su mente, la musicalidad de su acento.

Tratar de dormir era inútil, ya que no parecía capaz de relajarse, de modo que se incorporó en la cama con una novela en la mano mientras la luz de la lámpara de noche iluminaba una página que ya había leído diez veces. Le enfurecía saber que Ronan podía fragmentar sus pensamientos de esa manera.

Al oír que la puerta de entrada se abría y cerraba con delicadeza, dio por hecho que era Georgia, que regresaba temprano de su cita. Pensó que no era un buen síntoma y deseó que pudiera volver a encontrar la felicidad.

Giró levemente y recordó a Ronan allí acostado. Pasó las yemas

de los dedos por las sábanas frías y fingió que en vez de eso sentía a un irlandés cálido y musculoso.

–Estuvo bien –le susurró al dormitorio vacío–. Al menos durante un tiempo, estuvo muy bien.

La puerta de su cuarto se abrió y se volvió con la intención de ver a su hermana.

Se encontró con la mirada de Ronan. Entonces él vio que tenía la mano extendida sobre la cama.

–¿Me echas de menos?

Se incorporó y el libro se le cayó al suelo.

La lluvia le había humedecido el pelo y las gotas sobre el jersey negro centelleaban como diamantes mientras él no dejaba de mirarla. El corazón se le desbocó al sentir algo familiar y ardiente en su interior.

–¿Qué…? ¿Cómo…? ¿Por qué…?

–Todavía tengo la llave que me diste –expuso él, alzándola para que la viera antes de guardársela en un bolsillo de los vaqueros.

–Entonces, devuélvemela.

–No cuentes con ello –entró y cerró la puerta a su espalda.

Esa profunda y ardiente sensación se extendió por su cuerpo como un incendio desbocado mientras le sobrecargaba las hormonas. Se preguntó qué clase de castigo pagaba que incluso furiosa con él, sabiendo que debía dejarlo ir de su vida, lo deseaba tanto que todo el organismo le palpitaba.

–¿Qué haces aquí, Ronan? –demandó, agarrando con fuerza el edredón como si en ello le fuera la vida.

–He venido a hablar, Laura –se acercó a la cama. A ella.

–No hay nada de qué hablar –cuando él le dio la charla de que aquello no estaba funcionando, lamentó no haber tenido la ecuanimidad de pedirle que le devolviera la llave–. Quiero mi llave –insistió.

Él se palmeó el bolsillo donde la había guardado.

–Tú me la diste.

–Porque entonces estábamos juntos –lamentó que la voz le saliera algo aguda.

–Podríamos volver a estarlo –entonces bajó la vista a Bestia, ajeno a la sorpresa de ella–. Es fácil comprender por qué te lo quieres quedar –apuntó con ironía–. Un perro guardián feroz como

este te haría sentir segura.

Los ronquidos del animal sonaron aún más altos.

Se inclinó, le acarició el estómago a Bestia y dijo:

–Despierta, holgazán.

Los ojos del perro se abrieron a regañadientes. Vio a Ronan y giró, levantándose lo suficiente como para darle la bienvenida a su antiguo dueño con un beso.

Ronan rio y el sonido pareció reverberar por toda la habitación antes de asentarse en la boca del estómago de Laura. Esta intentó recordarse que ya no eran nada. Trató de recordar lo que había sentido la noche en que la había dejado. El dolor que había sufrido luego al perder…

–Ronan –dijo con firmeza–, aquí no pintas nada. Deberías irte.

–Pero estoy aquí y todavía no estoy preparado para marcharme.

En la luz tenue, pudo ver que los ojos le brillaban divertidos, lo que ayudó a enfurecerla más. Algo que agradeció.

–Sí, estás aquí. Sin invitación.

–¿Y tú me habrías invitado?

–No.

–Ahí lo tienes, entonces –se encogió de hombros antes de sentarse al pie de la cama. Bestia se movió para apoyar la cabeza sobre su muslo y tanto el hombre como el perro la observaron.

Lo tenía demasiado cerca.

–A tu perro guardián no parece molestarle que esté aquí –añadió.

–Porque sabe que no representas ningún peligro –lo defendió.

Ronan ladeó la cabeza y la atravesó con la mirada.

–De ser tú, yo no estaría tan segura de eso.

Sintió un nudo en el estómago. Se pasó una mano por el cabello y luego pegó aún más el edredón contra su cuerpo.

–Ronan, deberías irte.

–No. Hasta que me digas qué hay realmente en el centro de todo esto.

–No sé de qué hablas.

–Lo sabes muy bien, pero por algún motivo no me lo quieres contar –con la cabeza indicó al perro y luego volvió a mirarla–. No tiene nada que ver con Bestia, ¿verdad? Hay otra cosa que te impulsa.

–Si fuera así, no es asunto tuyo –replicó.

La miró como si esperara que hablara y le diera exactamente lo que quería. Lo cual era típico de Ronan. Pues no tenía pensado satisfacer su curiosidad.

–Rompiste conmigo, ¿lo has olvidado? ¿Cómo lo expusiste? Ah, sí –como si pudiera olvidarlo–: «Los dos lo hemos pasado estupendamente y ya se ha terminado».

Él frunció el ceño.

–Y tú no estabas preparada para ello, ¿verdad, Laura, cariño? –palmeó la cabeza de Bestia antes de ponerse de pie y alejarse unos pasos antes de dar la vuelta y regresar a su lado. La miró pensativo–. ¿Sabes? He estado pensando y he deducido cuál es el problema.

–Te felicito –soltó, yéndose al otro lado del colchón. No podía quedarse en la cama y hablar con él. Resultaba desconcertante. Tentador. Algo que odiaba reconocer. En cuanto tuvo los pies en el suelo, agregó–: Y ahora, lárgate.

Sin dejar de sonreír, él rodeó la cama y se acercó a ella. Ahí había más sombras, ya que la luz dorada de la lámpara no llegaba con claridad. Laura se negó a retroceder y dejar que la arrinconara contra la pared.

–¿No quieres saber qué he descubierto?

–¿Un sí hará que te vayas?

–Podría –respondió con una sonrisa.

–Perfecto –cruzó los brazos–. ¿De qué se trata, entonces?

–Esto no tiene nada que ver con no devolverme a mi perro –apoyó ambas manos sobre los hombros desnudos de ella.

Laura maldijo haberse puesto un top para dormir. Se dijo que debería haberse puesto un pijama de franela.

Tuvo que luchar contra la propia reacción que él le producía, contra el instinto de apoyarse en ese torso ancho, ponerse de puntillas y besar esa boca que poco tiempo atrás le había hecho cosas tan asombrosas.

–Sé lo que realmente quieres, Laura –se inclinó hasta que sus ojos quedaron a la misma altura–. Y he venido esta noche a decirte que no tienes que esforzarte tanto por volver a mi cama. Solo tienes que pedirlo.

El tiempo se detuvo. Pero solo un segundo.

–Imbécil.

–¿Qué?

Apartó las manos de él y luego plantó ambas palmas en el torso de Ronan y empujó con la suficiente fuerza como para hacerlo retroceder unos pasos.

–Neandertal.

–No hay motivos para todo esto, Laura –dijo.

Ella luchó contra ese acento que la aturdía.

–¿Estás loco? ¿De verdad piensas que me quedé con Bestia para recuperarte?

–¿Qué otra causa podría haber? –preguntó con irritación, a pesar del deseo que todavía brillaba en sus ojos.

–Oh, no sé. ¿Qué te parece que el perro me diera pena? ¿Que no quisiera verlo abandonado? ¿Que pienso que eres un gran idiota que no se merece a Bestia?

–Aguarda un momento…

–No.

–Así que me estás diciendo que no sientes nada por mí –comentó, plantándose, sin dejar que ella lo moviera un milímetro más.

–Exacto –afirmó con ojos centelleantes al no poder hacer más.

–Mientes.

–Tú…

En ese instante, sencillamente la acercó y reclamó su boca en un beso que le robó el aire que le quedaba y le nubló la mente. Las sensaciones la recorrieron en un torrente salvaje. La boca de él. El sabor de él. Los brazos fuertes pegándola contra el pecho. Y muchas más cosas que no logró desentrañar.

Y no le importó.

Porque se entregó a ese momento de lujuria. Se entregó al vértigo de volver a estar en los brazos de Ronan. A pesar de saber que se trataba de un error que lamentaría profundamente por la mañana, en ese instante solo se permitió sentir.

Y justo cuando de verdad comenzaba a disfrutar, se acabó.

La soltó y dio un paso atrás. Y aunque tenía la mente hecha un torbellino, vio diversión en sus ojos y quiso darse una patada a sí misma.

–Creo que los dos acabamos de recibir nuestras respuestas –

anunció él.

–Lárgate –susurró ella.

Detrás de ellos, Bestia gimió.

–De acuerdo.

–¿Así, sin más? –inquirió sorprendida.

–No me quedaré cuando me pides que me vaya –se encogió de hombros–. Pero no me mantendré alejado, Laura. Lo que hay entre los dos no se ha acabado, ¿verdad?

–Sí –repuso, comprendiendo lo estúpido que sonaba eso saliendo de una mujer que acababa de entregarse voluntariamente a un beso lo bastante ardiente como para quemar la casa–. Está acabado.

Apoyó la palma de la mano en la mejilla de Laura y le acarició la piel con el dedo pulgar.

–Eso ya lo veremos, ¿no crees?

–¿Por qué, Ronan? Te fuiste hace dos meses sin mirar atrás. ¿Por qué ahora te importa?

Él bajó la mano.

–Hay algo que no me estás contando, Laura. Me deseas, eso es bastante fácil de ver… –ella bufó–. Pero es más que eso y creo que tú lo sabes. Hay algo… más. Y sabré de qué se trata antes de que hayamos acabado.

Estaba metida en problemas y lo sabía. Su propio cuerpo la traicionaba cuando se hallaba cerca de Ronan. Y sabía que si se empeñaba, él descubriría la verdad del embarazo que había terminado en la pérdida del bebé. Quizá Georgia tenía razón. Quizá debía contárselo.

Pero el bebé era su secreto. Su pérdida.

–Lo que me intriga es ese destello… en tus ojos –susurró él–. Tienes un secreto, Laura.

–No, no lo tengo –mintió.

Él rio y movió la cabeza.

–Todas las mujeres tienen secretos, cariño –expuso–, y todos los hombres encuentran un modo de revelarlos –se volvió para marcharse.

–¿Y qué pasa con Bestia?

Ronan miró al perro, que se había plantado delante de Laura como un escudo grande y peludo. Sonrió brevemente.

–Puede quedarse contigo. Por ahora.

–¿Ronan?

Se detuvo y giró para mirarla.

–¿Por qué es tan importante para ti? ¿Por qué te importan mis secretos?

Reinó un prolongado momento de silencio.

–Porque quiero lo que es mío, Laura Page –contestó al final.

–Pero yo no soy tuya.

–Lo fuiste –le recordó–, y si esos secretos aún me pertenecen, los tendré antes de que hayamos terminado.

Entonces la dejó, cerrando suavemente la puerta a su espalda.

Laura se sentó en la cama. No le había devuelto la llave.

Capítulo Tres

A la mañana siguiente, mientras Georgia se ocupaba del negocio en la oficina de correos, Laura se quedó en casa hasta que el cerrajero al que había llamado le cambió todas las cerraduras y se sintió lo bastante a salvo como para dejar a Bestia en casa e ir a la oficina.

Notaba la falta de sueño y el mal humor. Y todo por culpa de Ronan.

Se dijo que no estaba bien mientras abría la inmobiliaria y ponía el cartel de abierto en la puerta. Se suponía que debía haberse olvidado de él. Continuar con su vida. Quitárselo de la cabeza.

Sonó el teléfono y alzó el auricular.

–Inmobiliaria Brand New Page.

–Hoy llegas tarde –dijo Ronan.

–Tuve que esperar a un cerrajero –le informó con satisfacción–. Ya puedes tirar la llave que tienes.

Él rio entre dientes.

–Creo que me la quedaré como recuerdo.

–¿Ahora quieres recuerdos? –preguntó mientras se sentaba ante su escritorio y repasaba el correo. Facturas. Facturas. Facturas. Suspiró y se reclinó en el sillón–. No fue hace mucho cuando me decías que habíamos terminado –le recordó.

–Los tiempos cambian –replicó.

Y mientras hablaba, un coche largo y negro se detuvo ante la agencia.

Vio al conductor bajar y movió la cabeza al encontrarse con la mirada de Ronan a través de la ventana. Mientras sostenía el móvil contra la oreja le sonreía.

–¿Sabes que en California es ilegal conducir mientras se habla por teléfono?

–Ah, pero yo soy un hombre peligroso al que le gusta correr riesgos.

Y realmente lo era. Al menos para su paz mental. Había pasado

horas sin dormir reprendiéndose por ceder a aquel beso. Bajo ningún concepto iba a caer otra vez. Ronan era como cualquier otro hábito. La única manera de dejarlo era cortando de raíz.

–¿Qué haces aquí?

Él rodeó el coche, empujó la puerta y una campanilla anunció su presencia. Solo entonces cerró el teléfono móvil y se lo guardó en el bolsillo de los pantalones negros.

–Te doy otra oportunidad para que me demuestres lo mucho que me deseas.

–Dios, no se puede ser más insoportablemente arrogante.

–Y, sin embargo, me pregunto por qué estás tan nerviosa en mi presencia. No solía ser así.

–Los tiempos cambian –espetó, devolviéndole sus propias palabras mientras colgaba el auricular. Sonrió como si todo lo que decía ella lo divirtiera–. Ronan, ¿para qué has venido a mi agencia?

–Para informarte de que estaré ausente unos días.

A pesar de todo, sintió un aguijonazo de desilusión. Crispada consigo misma, se dijo que eso debería alegrarla.

–Con eso me das la razón acerca de Bestia. Estás más tiempo fuera que en casa.

–En esta ocasión me lo habría llevado conmigo –le dijo.

–¿Bestia en un avión?

–¿He mencionado yo un avión?

–No –tuvo que reconocer.

–¿No vas a preguntarme adónde voy?

–No otra vez –aunque se moría por saberlo. ¿Sería un trabajo que lo pondría en peligro por proteger a alguien? ¿O volvía a alejarse de ella?

–Te lo diré de todos modos. Me voy al campo de entrenamiento donde nuestros nuevos guardaespaldas realizarán sus últimas pruebas.

Sabía que estaba en alguna parte del desierto, aunque había mantenido en secreto el emplazamiento exacto. Se había justificado aduciendo razones de seguridad, pero su falta de confianza le había dolido.

Al parecer, esa desconfianza persistía.

–¿Y por qué me lo cuentas? –preguntó, manteniendo adrede la distancia con él.

–Para darte la oportunidad de echarme de menos, por supuesto.

–¿Qué? –no pudo contener un parpadeo nervioso.

Ronan sonrió y se apoyó en una esquina del escritorio. Cruzó los brazos y la miró de arriba abajo antes de fijar la vista en sus ojos–. Quiero que pienses en mí durante mi ausencia.

–¿Y por qué iba a hacerlo? –demandó, aunque sabía muy bien que iba a hacer justo lo que él quería–. Estuviste ausente durante seis semanas y no te eché de menos.

–Mentirosa.

–No te eché de menos antes y tampoco lo haré ahora –esperó sonar más segura que lo que se sentía–. No tengo motivos para ello. Fuiste tú quien rompió, Ronan.

–Sí, lo hice, y empiezo a pensar que quizá fue un error…

–Vaya –trató de ocultar el nerviosismo que la embargó–. Reconoces defectos y un fallo en la misma conversación. Quizá deberías ir al médico.

Él rio.

–¿Me pregunto qué es lo que me intriga tanto de esa lengua tan afilada que tienes?

–No pretendo intrigarte, Ronan –intentó pasar a su lado para dirigirse al archivador que había contra la otra pared.

No lo consiguió. La detuvo por el brazo y fue como si el calor del contacto le marcara la piel.

–¿No? –preguntó, inclinándose hacia ella.

–No –vio cómo su boca se acercaba más y más… –. No.

En esa ocasión lo dijo más alto y él se detuvo. La miró con ojos entrecerrados y ladeó la cabeza.

–¿Nos niegas el beso que ambos deseamos?

–Sí –cuando se acercó otra vez, retrocedió–. Lo he dicho en serio.

Ronan suspiró y se irguió, apartándose del escritorio. Tenía los ojos azules fríos y el tono firme cuando dijo:

–Muy bien. No insistiré.

–Bien.

–Por ahora.

Laura ya había pasado por la misma situación una vez. Había creído que era la clase de mujer que podía tener una aventura apasionada y no pensar en el mañana. Y no había tardado en ver

cuán equivocada había estado.

Ya había perdido una vez el corazón con él. Y un bebé. No estaba preparada para perder más. Esos pensamientos le dieron fuerza y alzó la barbilla.

–No estoy interesada, Ronan.

–Otra mentira –esbozó una media sonrisa.

–Perfecto –soltó, yendo al archivador y abriendo a ciegas uno de los cajones metálicos. Sacó la primera carpeta que encontró. Quería demostrarle que estaba demasiado ocupada para entregarse a sus juegos–. Es ridículo fingir que no eres… atractivo –él bufó–. Pero –recalcó– no pienso recorrer otra vez ese camino. Demonios, fuiste tú quien quiso abandonarlo.

–¿Piensas echármelo en cara siempre? –preguntó.

–¿Por qué no iba a hacerlo? –llevó la carpeta a su mesa pasando a toda velocidad junto a él y luego le plantó cara–. Estuvimos juntos tres meses y tú le pusiste fin hace dos. Es hora de seguir adelante, ¿no crees?

La miró como si le leyera la mente.

–Lo que creo –respondió–, es que aquí hay más que lo que revelas.

–Si así fuera, es asunto mío –replicó, dejando la carpeta sobre la mesa.

–Ahí te equivocas –plantó las manos en el escritorio y se inclinó hasta que quedaron cara a cara–. Si me quisieras fuera de tu vida sin ninguna oposición, Laura Page, deberías haberme devuelto a Bestia. Pero no lo hiciste y eso me indica que me quieres irritado. Atribulado. Lo que me lleva a preguntarme la causa. Así que no habremos terminado hasta que consiga mis respuestas.

Laura maldijo para sus adentros.

–Puedes ponerle fin hoy contándome qué es lo que escondes –agregó él, alargando la mano para colocarle el cabello detrás de la oreja. Ella se retiró de su contacto y Ronan frunció el ceño, ya que el gesto no le había gustado–. Dime por qué veo tristeza a la vez que pasión en tus ojos cuando me miras –susurró–. Dime por qué te llevaste a Bestia como rehén. Dime…

Ella alzó una mano en un intento por frenarlo.

–No tengo que decirte nada, Ronan.

–No, pero lo harás.

–¿Porque tú lo dices? No lo creo.

–No –replicó, rodeando la mesa hasta quedar junto a ella–. Porque no contármelo te está devorando las entrañas. Lo tienes en la punta de la lengua en todo momento. Así que déjalo salir, Laura. Si de verdad me quieres fuera de tu vida.

Eso era parte del problema. Si se lo contaba, tendría la satisfacción de ver la conmoción en sus ojos, pero luego se iría. De verdad. Y no estaba segura de hallarse preparada para ello a pesar de lo que afirmaba. Y además, compartir sus secretos la dejaría expuesta al dolor de su pérdida.

Se abrió la puerta del local y Georgia entró y se quedó paralizada en el umbral, mirando a uno y a otra.

–¿Interrumpo?

–Sí –dijo Ronan.

–No –contradijo Laura.

–De acuerdo, es un empate y tengo que decidirlo yo –Georgia fue a su escritorio–. Y como acabo de pasar una hora y media con el empleado de Correos más lentos que he visto jamás, y todo eso antes de tomar café, decido interrumpir.

La mirada de Ronan nunca abandonó a Laura y aunque ella oyó a Georgia hablar, las palabras de su hermana se perdieron como si procedieran de muy lejos. No prestó atención cuando fue a la minicocina donde esperaba el café. Estaba demasiado tensa y solo pudo asentir cuando Ronan dijo:

–Me marcharé, entonces.

–Adiós.

Una vez en la puerta, se despidió de Georgia con un gesto de la cabeza antes de volver a mirar a Laura.

–Me echarás de menos.

No fue una pregunta, pero de todos modos contestó.

–No.

–Mentirosa –afirmó con una sonrisa.

Ronan se serenó, dejó que sus pensamientos se desvanecieran y no le prestó atención al viento que soplaba del desierto. Apuntó al blanco con forma de silueta situado a unos cien metros. Despacio, soltó el aire contenido y apretó el gatillo. Lo hizo una y otra vez

hasta vaciar el cargador de su pistola automática.

Quitándose los auriculares de protección, que quedaron colgando de su cuello, extrajo el cargador.

–No está mal.

Sam Travis fue hasta él, apretó un botón rojo en la pared y el aire se llenó con un zumbido. El blanco flotó hacia ellos sostenido por un alambre, con el papel agitándose por el viento. Al llegar, Sam asintió al notar doce balazos situados en zonas mortales: seis en la cabeza y seis en el cuerpo, todos agrupados muy cerca entre sí.

–Tengo que mantenerme en forma –dijo, guardando el arma en el estuche. Era estupendo poder probar sus reflejos y puntería. Esperaba lo mejor de sus hombres y no aceptaría nada menos de sí mismo.

–Y ahora que lo has demostrado, ¿quieres contarme qué te atribula? –preguntó Sam.

¿Desde cuándo era tan fácil de analizar? En toda Irlanda era conocido por tener la mejor cara de póquer del país. Nadie podía adivinar qué pensaba. Durante años se había concentrado en contener sus emociones. Hasta ese momento, habría dicho que era como su segunda naturaleza.

Resultaba irritante saber que su control se había relajado lo suficiente como para que Sam vislumbrara su agitación interior.

–No hay nada.

–Claro. Véndele eso a alguien que no te conozca tan bien como yo.

Cierto, Sam lo conocía bien. Hacía cinco años que eran amigos, desde que se conocieron en Oriente Medio, cuando ambos protegían a políticos. Esa amistad terminó convirtiéndose en una sociedad. Ronan le había dado a Sam Travis el capital inicial para que abriera su campo de entrenamiento y en ese momento él en persona entrenaba a todos los empleados nuevos de Cosain.

–¿Me serviría de algo decirte que no quiero hablar del tema?

–¿Tú qué crees?

–Creo que eres un incordio –bufó.

–Ya me lo han dicho –se apoyó en la pared baja que recorría todo el frente del campo de tiro–. Pero no responde la pregunta.

Si Sean estuviera allí, quizá pudiera hablar las cosas con su

primo. Sonrió ante la idea. Sean era incluso más proclive que él a la soltería, razón por la que le costaría entender lo que sentía en ese momento. El mismo Ronan no terminaba de comprenderlo.

Hizo un último intento por reservarse sus pensamientos.

–¿Y qué te hace pensar que hay algo?

–Para empezar, no sueles presentarte por sorpresa. Segundo, llevas meses sin practicar tiro. De modo que algo te atribula. ¿Puedo ayudarte en algo?

Esos meses se debían a que hacía más trabajo de oficina que de campo y practicar el tiro no le había parecido importante. Pero desde que volviera de su último trabajo y se viera en guerra con Laura Page, había sentido la necesidad de entrenarse. Por eso había ido al campo. A ver a su amigo. A comprobar el rendimiento de los reclutas nuevos. Y a perderse en tareas que requerían suficiente concentración como para no pensar en la mujer que en ese momento lo obsesionaba. Pero hasta el momento, ni siquiera el campo de entrenamiento había podido desterrar a Laura de sus pensamientos.

Miró a su amigo a los ojos y se consideró un hombre afortunado. No tenía una familia grande… solo Sean y la madre viuda de éste, la tía Ailish; pero tenía unos pocos y buenos amigos que compensaban con creces esa carencia.

–Te lo agradezco, Sam. Pero…

–¿Deja de meterte en asuntos que no te conciernen?

–Sí –asintió–, por decirlo sin rodeos.

Sam se encogió de hombros y sonrió.

–Puedo hacerlo…

–Verás, la cuestión no es lo que me atribula a mí –musitó en voz alta–, sino lo que carcome las entrañas de Laura lo bastante como para hacer desdichada mi vida.

–Ah, problema explicado.

–¿Y eso?

–Es una mujer. Por lo tanto, estás fastidiado.

–Es una buena declaración viniendo de un hombre felizmente casado.

–El motivo de eso es que no trato de entender a Kara –se subió el cuello de la cazadora contra el viento del desierto–. Si está furiosa, me disculpo.

–¿Te disculpas por qué?

El otro se encogió de hombros.

–Por lo que sea que crea que hice.

–¿Y si no has hecho nada? –reflexionó un poco y llegó a la conclusión de que él no había hecho nada malo. Sí, quizá había sido un poco brusco en el modo de romper, pero en su momento ella no se había quejado. Y parte de culpa la había tenido Laura, mirándolo con esos ojos soñadores llenos de futuro en ellos.

–Somos hombres, Ronan –comentó Sam riendo–. En lo que concierne a las mujeres, siempre hemos hecho algo.

–Vaya consuelo.

–Así son las cosas –se encogió de hombros–. Acepta mi palabra. Discúlpate. Termina con ello. No es tan difícil como crees.

Ronan movió la cabeza y apoyó una mano en el hombro de su amigo.

–Es triste ver lo que ha sido de ti, Sam. Un guerrero poderoso que nada temía. Y ahora te disculpas por el pecado de ser un hombre.

–Sin dudarlo –Sam sonrió–. Y unas flores tampoco sobrarían.

–Flores –bufó Ronan.

Jamás se disculparía por no haber hecho nada. ¿Y acaso no había intentado ya llevarle flores? Recordó las rosas que había dejado aplastadas en la escalinata de la entrada y apretó los dientes. Se dijo que no iba a repetir eso.

Se arrebujó en su cazadora negra de cuero y miró con desagrado el cielo azul.

–Hace bastante frío para estar en el desierto –musitó.

Sam rio y le dio una palmada en la espalda.

–Deberías venir en el verano. Entonces suplicarías por una sombra.

Movió la cabeza y le dedicó una sonrisa pesarosa a su amigo.

–No sé cómo soportas estar aquí, en medio de la nada.

–Me gusta –repuso Sam mirando hacia la amplia extensión de terreno, con kilómetros de arena en todas direcciones–. Es tranquilo –una andanada de fusil automático quebró esa declaración y Ronan bufó–. Casi siempre –corrigió Sam–. Kara se crio en el desierto de Arizona, de modo que es feliz aquí. Y cuando no estamos entrenando a hombres nuevos, disponemos de miles de acres solo

para nosotros.

–Cierto –convino Ronan, ya que también a él le gustaba disfrutar de intimidad–. Pero, ¿no podrías plantar un condenado árbol?

–Me pondré con ello –prometió.

–Perfecto –Ronan señaló el campo de tiro con fusil en la distancia–. ¿Qué tal van?

–Son un buen grupo. Prácticamente todos son excelentes tiradores.

El entrenamiento abarcaba todo, desde combate cuerpo a cuerpo, hasta ejercicios de disparo de corta y larga distancia y clases de estrategia y diplomacia. Cada hombre que iba a entrenarse allí recibiría, si aprobaba, la licencia concedida por el estado de California y luego se le confiaría la seguridad de los clientes de Cosain.

–Los seis se graduarán sin problemas.

Ronan asintió, complacido de oír eso. El entrenamiento no era barato, pero valía cada céntimo que se invertía en él.

–¿Cómo va el antiguo marine?

–Cobb sobresale. Superó el curso de obstáculos en un tiempo récord y luego puntuó diez sobre diez en el campo de tiro. El hombre está hecho para este trabajo.

–Bien. Tendré un trabajo para él en cuanto salga de aquí y reciba su licencia.

Ronan continuó caminando por el terreno rocoso en silencio con Sam. En cuanto estuvieran listos, tenía trabajos para cada uno de los nuevos alumnos. Por cada hombre que se aceptaba para el campo de entrenamiento, tres se rechazaban. Tenían que convertir en veteranos a los que aceptaban, estudiar con lupa sus pasados y potenciar su entrenamiento.

No importaba la recomendación con la que llegaban o su grado de competencia. Ningún guardia trabajaba para Cosain sin pasar por el entrenamiento de la empresa. Solo contrataban a los mejores.

En su opinión, los antiguos militares eran los que conformaban los mejores guardaespaldas. Respondían bien a la autoridad, se sentían cómodos con las armas y tratar con situaciones peligrosas no representaba nada nuevo para ellos.

Sabía que la mayoría de los hombres que trabajaban para él jamás se verían obligados a sacar sus armas. Casi todo se reducía a

hacer de niñera. Si los clientes se sentían bien con guardias de Cosain cerca, le encantaba complacerlos, a pesar de que en su opinión, casi ninguno necesitaba sus servicios. Era casi como si disponer de un guardaespaldas representara un símbolo de estatus social. Un signo de celebridad, de intentar parecer más importante de lo que se es.

Desde luego, estaban los otros trabajos en que en situaciones esporádicas había vidas en juego. Entonces sabía que la gente a la que enviaba a esas misiones arriesgaría su propia vida para salvar las de otros.

–¿Lo echas de menos?

Sabía lo que le estaba preguntando.

–No a menudo. ¿Y tú?

–No. Esto es terreno para un hombre más joven.

–¿Más joven? –Ronan soltó una carcajada–. Diablos, yo solo tengo treinta y cuatro años y tú eres un año mayor.

–Sí, y los nuevos reclutas… –se detuvieron en el linde del campo de entrenamiento de combate y Sam saludó con la mano a los diez hombres que soportaban la instrucción de la lucha cuerpo a cuerpo–. No llegan a los treinta, ninguno.

Ronan observó y pensó que él llevaba haciendo eso diez años, de los cuales los últimos tres o cuatro apenas había pasado algo de tiempo realizando trabajo de campo. No lo había notado, pero en algún punto se había convertido en el «ejecutivo». Aunque algo en él emergía a la superficie con fuerza ante el ofrecimiento de un trabajo nuevo, casi siempre le entregaba esa misión a uno de sus hombres.

No obstante, su orgullo le decía que era tan bueno como en sus mejores tiempos.

–Podríamos con todos ellos –comentó.

–Creo que tú sí –coincidió Sam, riendo–. Pero yo ya soy un viejo casado. Kara no quiere que salga de misiones. Y ahora que está embarazada, ya no siento interés en arriesgar más el cuello.

–¿Embarazada? –aturdido, comprendió que su amigo parecía extasiado ante la posibilidad de ser padre. Habría jurado que Sam no tenía más interés que él en serlo. Aunque le daba la impresión de que eso había sido antes de conocer a su esposa y el futuro que habían planeado juntos.

Y lo más extraño era que una parte de él sintió envidia de la fortuna de su amigo. Le ofreció la mano.

–Felicidades, aunque asusta pensar en ti como padre.

–¿A que sí? –movió la cabeza y apoyó los brazos en el frío metal de la barandilla que tenía delante–. Pero te seré sincero, jamás pensé que sería un hombre de familia.

Era una de las cosas que había cimentado su amistad… que ninguno de ellos creía en la felicidad para siempre. Pero ahí estaban, cinco años más tarde y…

–¿Qué cambió para ti?

–¿La verdad? Kara. Me sorprendió. Me tuvo loco por ella antes de darme cuenta de lo que había pasado –movió la cabeza y sonrió ante el recuerdo–. Cuando me percaté, había colgado las pistolas y abierto este lugar para convertirme en un tipo corriente.

Ronan rio.

–Pocos tipos corrientes tienen campos de tiro en sus patios traseros.

–De acuerdo, casi en un tipo corriente –concedió–. Tengo a mi mujer, una empresa de la que estoy orgulloso y unos pocos y buenos amigos –se irguió y palmeó el hombro de Ronan–. Me considero afortunado.

–Y haces bien –miró unos minutos en silencio a los hombres que se entrenaban y luego preguntó–: ¿Piensas quedarte con la empresa, entonces? Con una esposa embarazada, querrás trasladarte más cerca de una ciudad, ¿no?

Como para recalcar sus palabras, miró hacia el largo camino que conducía hasta la instalación. Había ocho kilómetros hasta la carretera y luego otros cuarenta y cinco hasta el pueblo más cercano.

–He estado pensando en eso –reconoció Sam–. Por ahora, nos va bien. Kara está sana y le encanta vivir aquí. No quiere trasladarse, pero supongo que eso podría cambiar en cuanto llegue el bebé. Si lo hace, pasaremos a seis o siete cursos de dos semanas por año y el resto del tiempo viviremos en la ciudad.

–Son cambios.

–Sí, pero la vida te cambia en todo momento, sin importar que lo quieras o no.

Eso mismo había descubierto él en los últimos días y semanas.

Resultaba perturbador para un hombre que prefería el orden al caos.

Capítulo Cuatro

Inquieta, Laura recorría su casa como un espíritu en busca de alguien a quien acosar.

En vez de relajarla, la marcha de Ronan la tenía más nerviosa que nunca. Con la taza de café en una mano, subió la escalera y fue hacia el cuarto de Georgia. La puerta estaba abierta y se asomó.

Su hermana se hallaba ante el ordenador. Georgia sonrió sin apartar la vista de la pantalla.

Durante su matrimonio, Georgia había sido diseñadora de interiores. Pero al divorciarse y regresar a California, había dejado toda su vida anterior atrás. Incluido el sueño de tener un estudio propio de diseño. Se reclinó en su sillón y recogió la taza de café.

Era peculiar que ninguna de las dos realizara la profesión soñada. Si ella pudiera elegir, se ganaría la vida como artista. Pero vender suficientes cuadros como para vivir de ello era casi imposible. La inmobiliaria había surgido porque a las dos se les daba bien la gente y siempre había alguien que necesitaba comprar una casa.

–¿Alguna vez desearías que pudiéramos…?

–¿Huir para unirnos al circo? –concluyó Georgia con una sonrisa.

–Algo parecido.

–¿Y quién no? Cariño, la mayoría de la gente no consigue dedicar su vida a trabajar en lo que ama. Casi todos se conforman con buenos trabajos que mantienen a sus familias.

–Lo sé –reconoció Laura con un suspiro–. Y no me malinterpretes, agradezco que tengamos nuestro trabajo. Pero a veces…

–Sí –musitó su hermana, mirando de nuevo la pantalla–. A veces –entonces cerró el programa y se puso de pie–. Bajemos a rellenar las tazas de café.

–Estás loca bebiendo café tan tarde. Terminaremos despiertas toda la noche –lo que por un lado sería un alivio, ya que cada vez

que cerraba los ojos veía a Ronan.

–¿Por qué no puedes dormir? –preguntó Georgia antes de corregirse–. ¿Por qué no quieres dormir?

–Ya lo sabes –respondió, sentándose a la mesa.

–Ronan –Georgia se sentó frente a ella y asintió–. Lo suponía. Ha sido el centro de tu vida desde el momento en que lo conociste.

–No quiero que lo sea –expuso Laura.

–Es demasiado tarde para eso.

–Cierto. Esto es tan complicado, Georgia. Quizá Sean jamás debió traer a Bestia aquí. Entonces, nunca habría vuelto a ver a Ronan y…

–¿Cómo es ese Sean y por qué no lo he conocido?

–Estabas mostrando casas cuando apareció con Bestia –hablar del perro hizo que este entrara somnoliento en la cocina y se dejara caer en el suelo debajo de la mesa, cubriendo con el cuerpo los pies de las dos hermanas. Laura rio un poco–. ¿Cómo es? Apuesto, irlandés y rico.

–Mmm. Parece que eso abunda por aquí –murmuró Georgia– Entonces, ¿por qué no te decantas por él? Olvida a Ronan y ve por su primo.

–Claro, excelente idea –movió la cabeza–. Ya es demasiado tarde también para eso.

–Supongo que sí –Georgia bebió un sorbo de café–. La verdad que es una pena. En realidad, Ronan me cae bien. Así que si te vuelve a herir, no me va a quedar otra salida que mostrarme desagradable.

–Mi heroína –dijo Laura con una sonrisa.

–Los hombres pueden venir e irse, pero las hermanas son para siempre.

Laura clavó la vista en la taza de café, como si buscara respuestas.

–No era mi intención que esto sucediera, ¿sabes? No quería enamorarme de él.

–Lo sé. Pero, míralo. ¿Quién podría culparte?

–¿Y qué se supone que he de hacer al respecto?

–Tienes poca elección, salvo esperar que se pase –le informó Georgia–. Ya se marchó la primera vez, cariño. Probablemente vuelva a hacerlo.

Con pensamiento sombrío, tuvo que reconocer que era cierto. Ronan no era de los que se quedaba. Lo había sabido y había creído que podría capear con ello. Y se había equivocado. Y cuanto más tiempo lo veía en ese momento, más se enganchaba su corazón.

Probablemente era bueno que estuviera fuera de la ciudad un tiempo. Eso le daría la oportunidad de empujarlo fuera de su mente y tratar de proteger mejor su corazón para el inevitable estrujamiento que tendría lugar.

Estuvo fuera tres días.

Laura no quiso echarlo de menos, pero lo hizo. No parecía ser capaz de quitárselo de la cabeza. Ni siquiera era capaz de concentrarse el tiempo suficiente en el trabajo para distraerse, así que a primera hora de la mañana recogió sus pinturas y se fue a la playa.

Fue allí donde él la encontró.

No tuvo que oírlo para saber que se encontraba cerca. Laura podía sentir su presencia con la misma precisión que si la hubiera tocado. Lo que le recalcaba que se hallaba en problemas profundos sin vía de escape.

–Fui a buscarte a la inmobiliaria –dijo él, apoyándose en la barandilla que separaba la acera de la playa abajo.

–Hoy no he ido –dijo sin mirarlo. Mantuvo la vista fija en el océano. Después de la tormenta, el cielo era de un azul brillante y el mar seguía agitado.

–Georgia me indicó dónde encontrarte.

–Un diez para la lealtad de mi hermana –musitó, cometiendo el error de dirigirle de reojo un rápido vistazo. Algo que lamentó de inmediato. Llevaba vaqueros oscuros, un jersey verde oscuro y el viento le revolvía el pelo tal como le hubiera gustado hacer a ella.

Él sonrió como si supiera lo que ella pensaba.

–Le dije que teníamos cosas de que hablar.

–¿Las tenemos?

Estaba nerviosa y odiaba eso. Le temblaban las manos, de modo que apretó con más fuerza el pincel y se obligó a controlarse. Bajo ningún concepto iba a dejar que Ronan supiera cómo la afectaba.

Hasta las aceras se hallaban casi vacías. No había mucha gente

interesada en sentarse bajo un viento frío a primera hora de la mañana. Y una playa invernal no atraía a muchos compradores.

–Sabes que sí –corroboró él en voz baja.

–Sé que nuestras conversaciones jamás llegan a ninguna parte y hoy estoy demasiado ocupada para correr en círculos.

Él se apartó de la barandilla, la rodeó y se plantó detrás de ella para observar el lienzo casi terminado. A Laura no le gustaba que nadie mirara por encima de su hombro mientras pintaba.

–A mí tampoco me interesan los círculos –le susurró casi al oído.

–Entonces, vete.

–Es una playa pública –le recordó con el mismo susurro prolongado antes de incorporarse y situarse delante de ella con el fin de bloquearle la visión del océano.

–Lo es –coincidió Laura–. Y muy grande. ¿Por qué estás en mi rincón?

–Por ti, Laura.

–Así que vamos a realizar la danza del círculo de todos modos, ¿eh? –espetó.

No quiso volver a mirarlo a los ojos, porque todo lo que estaba sintiendo probablemente estaría reflejado en ellos, algo que él vería con claridad. A Ronan siempre se le había dado bien profundizar en la gente. Sin duda la razón por la que había roto con ella.

Había visto que proyectaba demasiado de sí misma en una relación destinada a finalizar.

–¿Me responderías una cosa?

–Depende.

–¿Podrías decirme por qué vendes pisos cuando eres capaz de pintar de esa manera?

Paró, bajó el pincel e inspeccionó detenidamente el cuadro casi acabado en el caballete. Sabía que era bueno. Tenía talento; todos los profesores que había tenido se lo habían dicho. Y le encantaba pintar, aunque no disponía de tanto tiempo para ello como le gustaría.

–Porque me gusta comer –continuó dando los últimos retoques–. Ganarse la vida con el arte no es fácil y el campo inmobiliario paga mejor. Al menos casi siempre.

–Me parece una pena.

No quería su simpatía.

–Hacemos lo que tenemos que hacer, ¿no?

Un aroma de café y de bollos recién hechos flotó desde una cafetería próxima. Lo captó a pesar de que toda su atención se centraba en el cuadro y la que le quedaba libre lo hacía en Ronan. Él le dio un golpe a la barandilla con la palma de la mano y ella lo miró.

–Sí –convino Ronan–, razón por la que he venido.

–Ronan…

–Me has echado de menos –afirmó con la vista clavada en ella.

–No es verdad.

–Mentirosa.

Ceñuda, lo miró y dejó que leyera lo que quisiera en sus ojos, no le daría la satisfacción de reconocer que tenía razón.

–Pensé en ti –admitió él–. No quería hacerlo, pero así fue.

Una bola cálida de satisfacción se le asentó en la boca del estómago a Laura, luego se disolvió despacio.

–¿No querías?

–No, ni en este viaje ni antes, en el trabajo de seis semanas con aquella…

–¿Cantante? –finalizó ella.

–Al menos eso decía ella –hizo una mueca.

Laura sonrió.

–De hecho, una noche te vi en la tele. Un programa de variedades hablaba del concierto de ella en Massachusetts y apareció una imagen fugaz de ti en el fondo. Se te veía… incómodo.

–Entre la chica y su madre, se hizo un trabajo muy largo.

Le agradó saber que las seis semanas después de romper las había pasado igual de mal que ella… aunque por motivos diferentes.

–Me contaste que ya rara vez aceptabas trabajos de campo. Entonces, ¿por qué ese? ¿Para alejarte de mí?

Tras una pausa momentánea, Ronan asintió.

–Me pareció lo mejor.

–Para olvidarme.

–Para dejar que tú me olvidaras a mí.

Ella rio brevemente. Pensó que el ego de ese hombre era asombroso.

–Vaya, qué considerado.

–No lo estaba siendo –arguyó con cierta irritación–. Era… necesario.

–Para ti –recogió un pincel nuevo que metió en el blanco de la paleta. Cuando tuvo la cantidad que necesitaba, depositó ese reborde blanco sobre el oleaje del cuadro. Al instante el agua pareció más viva. Más furiosa–. No te pedí que cuidaras de mí –agregó.

–Quizá no, pero la petición estaba ahí, al final de nuestro tiempo juntos, cada vez que me mirabas, yo la veía –replicó–. Pensamientos y planes para un futuro que no iba a tener lugar.

Porque se había ido metiendo dentro de ella. Había pensado que lo que compartían era deseo, puro y simple. Una aventura ardiente. No había sido su intención enamorarse. Sentir nada parecido a lo que una vez había creído tener con Thomas.

Por aquel entonces se había convencido de que estaba enamorada porque había anhelado estarlo. Había deseado una familia. Un hogar. Niños. Tal vez era un anacronismo. Una mujer fuera de su tiempo. La mayoría de las mujeres planeaba carreras importantes, perseguía sueños y alimentaba su ambición… lo que no tenía nada de malo. Pero que no encajaba con ella.

Entonces, Georgia había estado casada, sus padres se habían ido a Oregón y ella se hallaba sola. Tenía muchos amigos, pero ningún… centro. Lo único que había tenido era su piso y un trabajo para Manny Toledo… lo que no era el sueño de ninguna mujer.

Y en ese momento había aparecido Thomas. Prometerse parecía buena idea sobre el papel. Pero había estado más enamorada con la idea del amor que con el predecible y aburrido Thomas.

Y cuando la había engañado, ni siquiera se había enfurecido con él. Ni le había dolido o sorprendido. Lo que le reveló que había estado a punto de cometer un gran error. Una cosa era estar sola y otra muy distinta casarse por los motivos erróneos.

Y entonces el matrimonio de Georgia había concluido, se había trasladado a vivir con ella y de pronto ya no se sintió tan sola. Tenía a su hermana, su hogar y, con el tiempo, su propio negocio inmobiliario. Había sido suficiente.

Hasta la aparición de Ronan.

–Así que tu intención fue salvarme de mí misma, ¿verdad? –preguntó pensativa–. Qué altruismo.

–Intentaba hacerlo más fácil –explicó él–. Para los dos.

–Mmm. ¿Y cómo te funciona eso a ti?

–No muy bien por el momento –reconoció pasándose una mano por el pelo revuelto por el viento.

–Es bueno saberlo –limpió el pincel con un trapo y lo dejó para hacerlo de forma más minuciosa cuando llegara a casa.

No tenía sentido seguir allí. Estaba perdiendo la luz de la mañana y, de todos modos, la presencia de Ronan hacía que le fuera imposible concentrarse. Guardó las pinturas en la caja de ébano.

–Pero tenías razón en algo –anunció él tras unos minutos de silencio.

–¿En serio? –lo miró–. ¿En qué?

–En Bestia. Realmente no había pensado en lo que pasaría una vez que regresara a casa.

–El día que viniste a reclamarlo, me dijiste que siempre habías pensado en llevártelo a Irlanda contigo.

–Sí, bueno –se pasó una mano por la cara–. Puede que en eso exagerara un poco.

Ella movió la cabeza y terminó de guardar todos los frascos en la caja de madera.

–Mentiste –dijo.

–Un poco –convino–, aunque ahora ya no importa, porque me lo voy a llevar a casa.

Laura se sintió irritada.

–Pero reconozco –continuó Ronan– que la idea no se me había ocurrido hasta que tú lo cuidaste.

–Yo no…

Él alzó una mano.

–La cuestión es que lo compré porque echaba de menos tener un perro. Yo…

–¿Te sentías solo? –vio que entrecerraba los ojos y apretaba los dientes.

–Nunca estoy solo. Lo que pasa que una casa es algo vacío sin un perro dentro.

Ronan Connolly, multimillonario y seductor, jamás reconocería sentirse solo. Pero Laura podía captar la respuesta verdadera en sus palabras. Aunque no le extrañaba que hubiera querido tener un

perro en esa enorme casa de Laguna, a miles de kilómetros de su hogar.

–En eso coincido contigo –suspiró y cubrió la paleta con una pieza de plástico para que no manchara, luego la depositó con cuidado sobre las pinturas y cerró la caja.

–¿Sigues sin querer devolvérmelo?

–Sí –era algo más que el deseo de proteger a Bestia de que lo ignoraran o de enseñarle a Ronan que no podía abandonar un compromiso. Adoraba a Bestia, y tal como acababa de decir él, una casa estaba vacía sin un perro.

–Sí, bueno, entonces supongo que tú y yo no hemos terminado.

Laura se puso de pie, plegó el taburete y lo apoyó contra un árbol cercano. Bajando el lienzo, cerró el caballete de tres patas y lo dejó junto a todo lo demás. Al finalizar, lo miró y dijo:

–No. Supongo que no.

–Sabes lo que me estás haciendo, ¿verdad? –inquirió él de repente.

–No intento hacer nada, Ronan.

–Y esa es la guinda que corona el pastel, ¿no? Ni siquiera lo sabes, pero a pesar de ello me nublas los pensamientos hasta que me encuentro aquí… –respiró hondo–. Como has dicho, hablando en círculos.

Mirando sus ojos en ese instante, Laura supo que nada sería como antes, por lo que se preguntó a qué se estaba aferrando. ¿Sueños rotos? ¿Fantasías quebradas?

Se habían desvanecido.

Así que por su bien era hora de acabar con eso.

–No quieres estar aquí, pues no estés.

La agarró por los hombros y la acercó a él. Ella sintió la fuerza de sus manos y vio la determinación de sus ojos.

–Dime –insistió–. ¿Qué es lo que te mueve a ti? ¿Qué es lo que ha mantenido ese destello de fuego contenido cada vez que me miras? Aquí hay más cosas que mi perro…

–Esto no tiene nada que ver con Bestia –crispada, se soltó y retrocedió un par de pasos.

–Entonces, ¿con qué?

Recogió sus cosas y giró para mirarlo.

–¿Quieres saber qué me carcome, Ronan? Mientras tú jugabas a

ser la niñera de esa adolescente, yo estaba aquí en casa, perdiendo a tu bebé.

Fue como si le cayera un rayo.

–Perdiste…

–Ahora ya lo sabes todo –alzó el mentón y miró esos ojos embrujadores por lo que sabía que sería la última vez–. Así que adiós, Ronan. Que tengas una vida agradable.

Lo dejó allí, y al marcharse, no miró atrás.

La siguió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

A ciegas fue a su coche y arrancó momentos después que el Volkswagen de Laura. Apretaba con tanta fuerza el volante que le extrañó que no se partiera en dos.

¿Un bebé?

¿Había perdido a su bebé y no se había molestado en contárselo?

¿Qué se suponía que debía sentir? ¿Alivio? ¿Dolor? No lo sabía. Era incapaz de separar las emociones encontradas que bullían en él. Excepto la furia.

Mientras Laura entraba en el camino para vehículos de su casa, él aparcó delante y bajó casi antes de que el sonido del motor muriera. Fue hacia la puerta principal, donde Laura se erguía inmóvil y lo miraba como si fuera un fantasma.

–Que pueda sorprenderte que te haya seguido me asombra –emitió una risa breve–. ¿De verdad pensaste que se había acabado? ¿Porque así lo decidías tú?

–Querías tu respuesta, la recibiste –replicó. Cuando fue a sacar los objetos de pintura del maletero, Ronan la detuvo con una mano en el brazo.

–Luego te ocuparás de eso –ella se tensó, pero después dejó que la resignación la relajara. Alzó la cara para mirarlo y en esos ojos vio una tristeza que lo aturdió no haber notado antes. ¿Había estado doliéndose de la pérdida de su hijo sin siquiera mencionárselo?– ¿Por qué demonios no me dijiste que estabas embarazada? –musitó.

–¿Cuándo, Ronan? Te fuiste –le recordó–. Dejaste bien claro que habías terminado conmigo.

–De haberlo sabido… –dejó que el silencio flotara en el aire porque no estaba seguro de lo que habría hecho, de cómo habría reaccionado. Aunque merecía la oportunidad de tomar sus propias decisiones acerca de cómo se sentía.

–De haberlo sabido –dijo ella–, habrías pensado que intentaba tenderte una trampa para que te quedaras conmigo.

«Tal vez», reconoció él para sus adentros. «Y tal vez no».

–Pero ahora ya no podremos saberlo con seguridad, ¿verdad?

–Yo lo sé –el dolor en sus ojos se evaporó con el fogonazo de vehemencia.

No quería pensar que ella tenía razón, pero lo recorrió un vestigio de algo parecido a la vergüenza y al menos tuvo que admitir dicha posibilidad. No había planeado tener familia. Nunca. Su propia infancia había sido un suficiente mapa de rutas como para mostrarle que los compromisos sentimentales conducían a la desdicha.

¿Cómo podía sentir pena por un niño que unos momentos atrás no sabía que existía?

–Vamos –tiró de ella hacia la casa–. No mantendré esta conversación al aire libre.

Ella cerró el capó y trató de adaptarse al paso más veloz de él.

–La llave, Laura –vio que ella quería oponerse, pero únicamente musitó algo entre dientes antes de entregársela. En menos de un minuto abrió, la hizo entrar y cerró. Solo entonces le soltó el brazo, aunque no se había serenado–. Cuéntame más. Cuéntamelo todo –apartó la vista de ella, se pasó las dos manos por la cara y luchó para retener el control por el que era famoso. Cuando supo que podría hablar sin emitir otra condenada orden, dijo–: Necesito saberlo, Laura.

Ella asintió y suspiró.

–De acuerdo. De acuerdo. Unas pocas semanas después de que rompieras conmigo, descubrí que estaba embarazada.

Algo se agitó en su interior, pero se controló. Aunque seguía costándole asimilarlo, ya que siempre tomaba precauciones. No se arriesgaría a concebir un hijo con una mujer que no sería una presencia permanente en su vida.

Y como ninguna mujer lo sería, un bebé quedaba descartado.

–Usamos preservativos.

Ella bufó y cruzó los brazos a la altura de la cintura.

–Es lo que me dije después de hacerme la prueba de embarazo. Luego lei la caja. Una efectividad del noventa y siete por ciento. Bien impreso en la parte frontal.

–Vaya –con un gesto descartó esa información ya inútil–. Descubriste que estabas embarazada y no me lo dijiste porque…

–Porque ya habías dejado claro que no me querías contigo.

El súbito color en sus mejillas le indicó que la ruptura todavía le dolía y tuvo ganas de golpearse. Había estado tan seguro de que hacía lo correcto por los motivos correctos. Pero solo había estropeado las cosas. Y ese era el momento de pagar por ello.

–Bien… luego, ¿qué?

–Luego te marchaste a tu trabajo de guardaespaldas. Me lo contaste la noche que rompiste conmigo…

–¿Y no te molestaste en pensar que un cambio de circunstancias podría requerir una llamada? –no pudo guardar silencio… porque lo enfurecía. Laura no se lo había contado. No había sabido que había creado una vida hasta que esta ya no estuvo y eso era algo que iba a acosarlo.

–Te llamé.

–¿Qué? –entrecerró los ojos–. ¿Cuándo?

–Más o menos cuando llevabas una semana en tu trabajo –le dio la espalda y fue al salón. Se sentó en un sofá mullido y se llevó un cojín al pecho. Luego lo miró con esos ojos azules heridos por el recuerdo–. Llamé cuando ingresé en el hospital.

Él lo habría recordado.

–Laura…

–Lo hice –insistió ella–. Tu móvil estaba apagado y no pude dejar un mensaje, así que llamé a Cosain y hablé con Brian. Tu asistente. Me dijo que te llamaría para que te pusieras en contacto conmigo –suspiró–. Nunca lo hiciste. Tus deseos me llegaron alto y claro, Ronan. Nada de preocupaciones. No volví a llamar. No te molesté con la situación por la que estaba pasando –respiró hondo–. Y ahora quiero que te marches.

Apenas la oyó. Pensaba y comprendía la verdad de lo que acababa de oír. El recuerdo estaba ahí. Brian lo había llamado para comunicarle que Laura intentaba ponerse en contacto con él.

Y él no le había devuelto la llamada. Se había dicho que era

demasiado pronto para volver a hablar después de la ruptura.

–Lo recuerdas –afirmó ella–. Brian te llamó.

–Sí, lo hizo –se pasó una mano por el pelo y un aguijonazo de dolor le nubló la mente.

–Y no hiciste nada.

–No lo sabía –se aseguró que de haberlo sabido la habría llamado sin ninguna duda. Habría regresado de la gira para estar con ella. Habría hecho… algo.

Pero ella no le dio la oportunidad. Les quitó eso a los dos.

–No querías saber, Ronan –dejó el cojín y se levantó. Se descalzó y cruzó el salón de regreso a la puerta de entrada–. Ahora que ya lo sabes todo, puedes irte. Y esta vez no vuelvas. En esta ocasión hemos acabado de verdad.

La detuvo cuando pasó a su lado. Fue más por instinto que le aferró el brazo y la giró hacia él.

–¿Puedes decirme eso con tanta facilidad? ¿Hemos terminado, nuestro bebé no existe y adiós?

Se soltó de él y en sus ojos centelleó el temperamento que Ronan prefería al dolor.

–Tú no tienes derecho a decirme eso. Fuiste tú quien se despidió y se marchó, Ronan. Y nuestro bebé apenas era un deseo cuando lo perdí –tembló al concluir.

Él le apoyó ambas manos en los hombros y la obligó a quedarse quieta. A mirarlo y escucharlo.

–De haberlo sabido, habría estado aquí, Laura.

–Creo que dices la verdad. Pero probablemente es mejor que no estuvieras. En serio. Tuviste razón en irte cuando lo hiciste. Es inútil fingir que tuvimos algo más que unos meses de sexo y diversión.

–Casi tuvimos más –arguyó con voz queda, inseguro aún de lo que sentía.

–¿Y qué habría significado eso? ¿Que estarías con alguien a quien no querías por un bebé que no habías planeado? –movió la cabeza con tristeza–. No, es mejor así. A pesar de lo duro que fue y de lo duro que es decirlo, es mejor así.

–No lo es –la acercó y escrutó su rostro–. Esto es mejor.

Le reclamó la boca y la lujuria estalló entre ambos.

Capítulo Cinco

Se apoyó contra él, a pesar de saber que no debería. Pero la terrible carga sobre sus hombros se había desvanecido una vez que le había contado el secreto que llevaba semanas obsesionándola. Era tan agradable que volviera a abrazarla.

Había pasado mucho tiempo.

Y lo había echado de menos.

Sus manos le acariciaron la espalda, le coronaron el trasero y volvieron a subir, como si quisiera familiarizarse otra vez con ella. Como si tuviera que cartografiar cada curva a su entera satisfacción.

¿Cómo podía estar furiosa un momento y al siguiente desear tenerlo encima, dentro de ella? Carecía de sentido y no parecía importar. Desde el primer día había sido así.

Sus lenguas se convirtieron en una. Laura se abrió a él, tomando y dando, necesitando mucho más.

Se le nubló la mente. Siempre que la besaba le pasaba. Solo Ronan podía volverla loca con un beso. Tenía una boca magnífica y sabía cómo usarla.

En el pequeño rincón de su mente que todavía era racional, una voz le susurraba que estaba cometiendo un error. Que no debería volver a adentrarse en ese camino. Pero a Laura no le interesaba la lógica.

Quizá luego terminara por lamentarlo. Pero en ese instante únicamente lo deseaba a él. Después de contarle lo que había sucedido, percibía que Ronan sentía parte de su dolor por aquella pérdida. Consolarse, sumergirse en la magia que urdían juntos era… correcto.

Lo había anhelado durante semanas, y cuando estaba allí no podía darle la espalda a sus propias necesidades y deseos.

–Ahora –susurró él cuando se apartó de sus labios para lamerle el cuello–. Te necesito.

–Oh, yo también –le pasó los dedos por el pelo tupido y le apretó la cabeza contra su cuello, adorando la sensación. Quería

más. Todo. Deseaba las sensaciones que solo él podía producir, y quería que no cesaran jamás.

Se agachó y la alzó en brazos con un movimiento fluido.

Laura no era frágil ni pequeña, y ningún hombre la había levantado jamás en vilo; y a pesar de lo ridículo que podía parecer, fue un gesto lo bastante romántico como para desbocarle el corazón.

Él sabía dónde se hallaba el dormitorio. Había estado allí bastantes veces…

Las pisadas sobre el suelo de roble reverberaron a su alrededor y para el cerebro nublado de Laura fueron como manecillas de un reloj que se dirigían hacia lo inevitable. Ronan cruzó la puerta abierta del dormitorio y se detuvo en seco.

–Es inútil –murmuró, riendo.

Ella siguió su mirada y no pudo contener otra carcajada.

Su feroz perro guardián se encontraba en el centro de la cama boca arriba, con las cuatro patas elevándose en el aire como si acabaran de atropellarlo en la carretera.

–Bestia, perro holgazán, ¡fuera de la cama!

–El pobrecito está cansado –dijo Laura sin dejar de acariciar el pelo de Ronan.

–Puede, pero se cruza en mi camino –replicó Ronan–. Fuera. Vete a dormir al sofá, enorme bola de pelo.

Con un suspiro casi humano, el perro giró, saltó de la cama y abandonó la habitación con aire digno.

Ronan cerró la puerta con el pie y llevó a Laura a la cama para depositarla sobre el colchón.

–Jamás pensé que tendría que disputarle a un perro un espacio en tu cama.

Un segundo más tarde lo tuvo en sus brazos mientras la cubría con el cuerpo grande y cálido y volvía a tomarle la boca, avivando las ascuas hasta convertirlas en una conflagración lo bastante grande como para chamuscarlos a los dos.

Luego él rodó hasta tenerla encima, le metió las manos debajo del jersey y se lo quitó por la cabeza. Debajo Laura llevaba una camiseta, y en un momento también ésta desapareció. Solo quedaba el sujetador y los dedos mágicos de Ronan soltaron el cierre delantero, lo deslizó por los brazos y lo tiró al suelo junto con todo

lo demás.

–Ah, preciosos –susurró, coronándole los pechos. Con los dedos pulgares le frotó los pezones sensibles hasta que ella gimió con suavidad y tembló.

–Es tan agradable –dijo en voz baja, alzando las manos para apoyarlas encima de las de Ronan.

–No quería echarte de menos, maldita sea –le dijo él.

Ella atesoró las palabras porque le brindaba una especie de poder saber que la deseaba a pesar de no querer hacerlo. Le acarició los antebrazos.

–Quería que me echaras de menos, Ronan. Que te sintieras desdichado por haberte marchado –le subió el jersey verde por el torso y se lo quitó. Un momento después desaparecía la camisa y pasó las palmas de las manos por el pecho duro y musculoso, encantada con el calor que recibía de ese cuerpo.

La miró a los ojos con aliento contenido.

–Pues conseguiste tu deseo –soltó–, ya que te he echado de menos –le enmarcó el rostro con las manos–. Te deseaba y odiaba cada momento lejos de ti. ¿Te parece suficiente?

–No completamente –confesó, bajando la cabeza para besarlo.

La aferró y volvió a rodar hasta que quedó apoyado en la cama encima de ella. Luego le quitó el resto de la ropa y la arrojó al suelo, dejándola desnuda sobre el colchón, atravesada por una franja diagonal de luz.

Muda, ella lo observó incorporarse y arrancarse la propia ropa. Lo recorrió con la vista y sintió que su interior era sacudido por un rayo. Luego él volvió y se deslizó por su cuerpo, con la dura y gruesa necesidad que lo dominaba presionándola, comunicándole cuánto la deseaba.

Un calor húmedo se asentó en su centro, palpitando al ritmo de su corazón mientras rodaban en la cama abrazados con fuerza. Las manos exploraron, las bocas adoraron, los suspiros y los gemidos inundaron la atmósfera soleada, crepitando por el fuego combinado de los amantes separados durante demasiado tiempo.

El pulso de Laura se desbocó. Respiró entrecortadamente. Él la tocó y ella ardió; dejó de tocarla y sufrió.

Ronan deslizó una mano a la unión de sus muslos y posó la palma con firmeza mientras el instinto de Laura la llevaba a mover

las caderas ante el contacto, mientras gemía y se retorcía en una especie de necesidad asustada que nunca antes había conocido.

–Ronan…

–Me encanta tocarte –susurró él, bajando la cabeza al hueco de su cuello y hombro–. La sensación ardiente al moverte contra mí. Tu fragancia –alzó la cabeza para mirarla y musitó con voz ronca–: Lo eché de menos todo. Te eché de menos a ti.

Primero introdujo un dedo, luego dos, en su núcleo y la mente de Laura se fragmentó un poco. Se aferró a los hombros de él. Movió las caderas al ritmo impuesto por las caricias profundas de Ronan. El dedo pulgar le frotó un punto de una sensibilidad increíble hasta que se oyó a sí misma gemir el nombre de él con desesperación.

–Ahora te poseeré, Laura. Al igual que tú me poseerás a mí.

–Sí –tragó saliva y luchó por respirar–, ahora, Ronan. Por favor, ahora.

La besó otra vez, uniendo las lenguas en una danza frenética que solo sirvió para elevar más y más el ansia que sentía ella en su interior.

En el momento en que se retiró de ella, Laura quiso gritar y se mordió el labio para evitarlo.

–Preservativos –farfulló Ronan.

–Sí. Sí –se apartó y oyó cómo abría el cajón–. Date prisa.

–Sí. Ya voy.

Se enfundó uno y Laura apenas pudo contenerse de atraerlo y ponérselo ella misma por el simple placer de poder tocarlo, de gozar del placer de poder rodearlo con los dedos.

Pero él regresó, se arrodilló entre sus muslos abiertos y la miró como si fuera el último bocado de un banquete. En su mirada febril ardía pasión.

En cualquier caso, durante ese momento era suyo.

–Ven a mí –dijo él y se sentó mientras le tomaba las manos y la acercaba.

Laura se puso a horcajadas sobre Ronan y este la sujetó por las caderas y la bajó centímetro a tentador centímetro hacia su dura y erguida extensión.

Echó la cabeza atrás. Un gemido gutural escapó de su garganta cuando la invadió lenta y exquisitamente, provocando una

combinación de placer y tortura para los dos. Deseaba que fuera veloz, pero esa… demora… era demasiado buena para no tenerla en cuenta.

Cuando al fin estuvo completamente dentro, alzó la cabeza para mirarlo a los ojos. Luego se inclinó para apoderarse de su boca mientras le mordisqueaba el labio inferior. Sintió que la recorría un torrente de fuego.

Despacio ya no era suficiente. Delicado no era lo que necesitaba. En acuerdo tácito, él la depositó sobre la cama y la siguió sin que sus cuerpos se separaran.

Laura alzó las piernas y lo rodeó con los tobillos. Ronan se movió dentro de ella, incapaz de detenerse mientras reclamaba lo que necesitaba. Lo que ambos necesitaban.

Se deleitó con ello. El sonido de la piel contra la piel, de la respiración veloz, de la salida y la entrada del sexo de Ronan. Se movió con él, contra él, y la espiral de calor se expandió hasta que sintió como si pudiera ahogarse en ella. Y no le importó.

Eso era lo que había estado esperando, anhelando todo el tiempo que habían estado separados. Esa… magia que únicamente hallaba con Ronan. Desde el principio.

Una y otra vez chocaron, luchando por alcanzar la liberación que parecía flotar justo fuera de su alcance.

Laura le acarició la espalda, la cara, el cuello, los hombros, el pecho. Y Ronan bufaba con cada caricia mientras ella temblaba al descubrir lo que podía provocarle.

Lo que podían hacer juntos.

La tensión se enroscó en lo más profundo y de pronto estalló. Cuando el primer orgasmo la dominó, Laura gritó su nombre y se aferró a él mientras una ola tras otra de placer le hacía añicos el corazón. El alma.

Y lo abrazó cuando el cuerpo de él explotó y con un grito de triunfo Ronan saltaba al olvido, sin dejar de aferrarla con fuerza. Unidos, cayeron a ciegas en el fuego.

Yacía bajo el sol como una diosa caída, toda luz dorada y el cabello una cascada de miel sobre el edredón azul de su cama. Era cálida y sexy y volvía a desearla. Pero tenían cosas de las que

hablar.

–No vine por esto, ¿sabes? –comenzó.

–Lo sé. Yo tampoco tenía planeado que sucediera –le dio un leve empujón en el pecho y él captó el mensaje y se separó.

Ya se estaba formando una distancia entre ellos y aunque sabía que era lo mejor, no facilitaba nada aguantarlo.

–Maldita sea, Ronan, no deberías haberme seguido a casa.

–¿Qué tenía que hacer? ¿Dejar que te marcharas después de decirme…?

–Bien. Bien. Eso fue mi culpa –gruñó–. No era mi intención decirte nada. Y, desde luego, no de esa manera, pero tú me pusiste tan furiosa…

–Estoy familiarizado con esa sensación –convino, pero su sonrisa se desvaneció cuando ella no se la devolvió.

Se preguntó cómo habían pasado del calor del fuego al frío del hielo con tanta celeridad. Todo había sido perfecto estando dentro de ella, pero en ese momento eran como personas diferentes en bandos opuestos.

Y lo peor era que todavía la deseaba.

Antes de poder decir alguna estupidez parecida, fue al cuarto de baño; al regresar, ella seguía en la cama. Se acercó y se sentó a su lado.

–Hay cosas de las que deberíamos hablar.

Ella suspiró y se apartó la mata de pelo de la cara.

–Si se trata de otro discurso de despedida, me lo saltaré, aunque gracias de todos modos.

–No es ningún discurso, maldita sea –espetó, aunque de inmediato se calmó–. Acabo de enterarme de que iba a ser padre. Ni siquiera sé qué pensar de eso. Cómo sentirme.

–Se acabó, Ronan. No llegó a pasar. No tienes nada que decirme al respecto.

–Te equivocas –insistió–. Lo que pasa es que no sé qué –algo que lo enfurecía, ya que estaba acostumbrado a tener el control, pero en esa situación se hallaba perdido.

–Entonces, déjame a mí –se levantó de la cama como si necesitara una distancia tanto física como emocional de él. Fue al cuarto de año y descolgó su bata azul zafiro de satén de detrás de la puerta. Al atársela no fue consciente de que ofrecía una vista

generosa de parte de un pecho cremoso–. He dispuesto de mucho tiempo para pensar en esto, en nosotros –añadió, yendo hacia él–. Si no hubiera perdido al bebé, habríamos tenido una conexión física entre nosotros para siempre, Ronan.

–Y un matrimonio –expuso sin rodeos.

Eso la sorprendió.

–En cualquier caso, ya no importa, pero lo que queda es que no hay bebé. Así que no hay conexión, Ronan. Solo somos dos personas que funcionan realmente bien en la cama.

No supo bien por qué se sintió insultado.

–Hay más.

–¿Sí? –ella rio y movió la cabeza–. No, no lo hay, y no tienes por qué fingir por mí. Te marchaste porque no querías más.

–Esa no es toda la historia –aunque una voz en su interior reconoció que ella la había resumido muy bien.

–Ronan –se acercó con mirada distante y desapasionada–, cuando perdí el bebé, comprendí algo importante.

–¿Sí? ¿Qué?

–Quiero una familia, hijos, un marido. Para siempre –él apretó los dientes y se levantó de la cama, pasando junto a ella para recoger la ropa–. No pongas esa cara de preocupación, no te estoy nominando para el puesto de marido.

–Laura… –la miró y necesitó toda su fuerza de voluntad para no echarla sobre la cama otra vez, donde todo entre ellos tenía sentido.

–He dicho que quiero un marido. No que tú fueras ese hombre.

–No lo soy –le aseguró–, pero si lo fuera…

–Sin «peros» –lo cortó–. No necesito que me calmes. Ni que seas condescendiente. Solo necesito que entiendas que esto… –con la mano señaló la cama revuelta que tenía detrás– no volverá a suceder. No estoy hecha para aventuras. No soy así.

Se acercó a él, se puso de puntillas y le dio un beso leve en los labios. Luego retrocedió

–Esto es un adiós, Ronan. Fuera lo que fuere lo que tuviéramos juntos, murió con nuestro bebé.

¿Qué podía responder a eso sin sonar como un idiota?

Miró en esos ojos azules y vio pesar junto con el adiós que acababa de pronunciar. Y supo, al menos por ese día, que habían terminado.

Capítulo Seis

El patio de piedra era áspero y estaba frío y húmedo bajo sus pies descalzos. Solo llevaba puestos unos vaqueros. El viento gélido lo empujaba desde el mar. A Ronan no le importaba. Necesitaba el frío. Le aportaba agudeza. Le despejaba la niebla mental y la pesadez que lo embargaba.

Fue al extremo del patio, se apoyó en la barandilla de madera y contempló el mar.

Las olas rompían en los riscos de abajo. La luna jugaba al escondite detrás de un banco de nubes e intermitentemente convertía la superficie del océano en brillante plata. Desde la autopista que había detrás y encima de la casa llegaba el zumbido distante del tráfico.

Desde el momento en que Laura le había arrojado esa bomba aquella mañana, nada había tenido sentido.

Un bebé.

Laura había estado embarazada. De su hijo. Y ya no estaba. ¿Cómo encarar eso? ¿Qué podía decir?

Seguía sin saber qué pensar al respecto. Pero sabía lo que había sucedido después. El adiós de Laura. La frialdad en su mirada. El tono educado y distante de su voz. Lo había aislado de ella. Tuvo que reconocer que con la misma frialdad que había empleado él un par de meses atrás.

–Pero esto es diferente –le insistió a las sombras agazapadas en el borde del patio.

En qué era diferente no importaba. Lo que sí importaba era que jamás una mujer lo había dejado y que lo condenaran si Laura iba a ser la primera.

Entre ellos quedaban más cosas por solucionar. El calor electrizante que surgía cada vez que estaban juntos seguía allí, de manera que no habían acabado el uno con el otro. En absoluto. La había dejado ir demasiado pronto. Un error.

–Pero puedo arreglarlo –sonrió y bajo el viento de la noche, en

su mente se formó un plan.

A Laura le martilleaba la cabeza por falta de sueño.

De modo que cuando Ronan entró en la inmobiliaria, respiró hondo. No se hallaba preparada para otro enfrentamiento con el hombre que había invadido sus pensamientos toda la noche.

–Oh, oh –musitó Georgia lo bastante alto como para que Laura la oyera desde el otro extremo de la oficina.

Ronan sonrió.

Aunque tampoco podía culpar a su hermana, ya que toda la mañana se había desahogado con ella mientras despotricaba contra sí misma por haber vuelto a acostarse con él.

–Buenos días, señoras –anunció Ronan con su acento irlandés. Con la vista inspeccionó la estancia para asegurarse de que solo estaban ellos tres.

Laura pensó que se lo veía bien, lo que le pareció completamente injusto. Si ella había estado despierta toda la noche, él debería verse ojeroso y horrible. Pero no, con sus vaqueros negros y su jersey verde, daba la impresión de que acababa de salir de la portada de una revista.

Lo miró ceñuda cuando se acercó a su escritorio y plantó ambas manos en la superficie.

–Tenemos que hablar –anunció.

–Creo que iré a comprar café –Georgia se incorporó como impulsada por un resorte.

–No te atrevas –le advirtió Laura, lanzándole una mirada especial para clavarla donde estaba. Esa mañana no pensaba estar a solas con Ronan. Aún se sentía demasiado… afectada por el tiempo que habían pasado juntos la noche anterior y no confiaba en sí misma–. ¿Necesitabas algo? –le preguntó.

–Vaya –sonrió–, esa sí que es una pregunta interesante.

Laura se maldijo para sus adentros por meterse ella solita en esa situación.

–Ronan, estamos ocupadas –tomó una carpeta como para recalcárselo.

–Igual que yo, Laura –se apartó de la mesa y se metió las manos en los bolsillos–. Es por lo que he venido.

Desde el otro extremo, Georgia le hacía muecas para indicarle que hablara con él.

Respiró hondo.

–Ayer nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos. Ya tienes las respuestas que querías, entonces, ¿por qué estás aquí?

–Pero no he averiguado lo suficiente –le guiñó un ojo–. Aunque he venido por un asunto completamente diferente. Esta visita no es personal, Laura. Es de negocios. Vengo en busca de tus servicios… –volvió a sonreír– profesionales, desde luego. Quiero que me encuentres una casa para comprar.

Durante un segundo, la idea la entusiasmó. Cuando se conocieron, lo había ayudado a buscar sitios para alquilar, tanto para su empresa como para su vivienda. Pero entonces no había pretendido comprar.

Además, la comisión que obtendrían de la clase de hogar que querría adquirir Ronan sería enorme. «Más que suficiente para dar un adelanto para la compra del edificio», le susurró mentalmente una voz. Aunque sabía que tramaba algo que no tenía nada que ver con la compra de la casa.

–No –arguyó a pesar del modo en que su hermana se tiraba de los pelos frustrada–. Tú no quieres comprar una casa. Solo intentas arrastrarme a una especie de juego… en el que no pienso participar.

La miró ceñudo, se sacó las manos de los bolsillos y cruzó los brazos.

–No tengo ningún interés en juegos, Laura. He venido como comprador y estoy dispuesto a iniciar la búsqueda ahora. ¿Piensas rechazar el negocio que representa solo por orgullo?

–¿Orgullo? –se puso de pie despacio para poder mirarlo con la misma furia–. ¿Crees que esto tiene algo que ver con mi orgullo?

–¿Qué otra razón podría haber? A menos, por supuesto, que te sientas titubeante estando a mi lado…

La indignación hizo que viera literalmente todo rojo. El ego de ese hombre era enorme. Ronan ocultó una sonrisa, aunque no antes de que ella la viera. Y encima se lo estaba pasando en grande.

–La casa del risco está bien para alquilar –continuó él–, pero quiero algo permanente.

La suspicacia hizo que lo mirara con ojos entrecerrados.

–¿Por qué? Piensas regresar a Irlanda.

–Y también pasar bastante tiempo aquí –enarcó una ceja–. Cosain está creciendo. Necesitaré tener tanto una base en California como en Irlanda.

Indecisa entre la tentación de una comisión enorme y el impulso de echarlo, solo pudo mirarlo fijamente. Como no podía llegar hasta ella de otra manera, había decidido agitarle un cheque ante las narices.

–¿Usas tu dinero para conseguir lo que quieres?

–¿Hay algún motivo por el que no debería hacerlo? ¿Y no será, Laura, que no tienes tanto problema con que yo lo ofrezca como contigo misma por desear aceptarlo?

–No me gusta que me compren.

–Compraré una casa, no a ti.

Se ruborizó, porque había caído en la trampa y él también lo sabía. Además, no podía permitirse el lujo de ofenderse y necesitaban el dinero para enderezar su propio mundo.

El silencio flotó en la oficina en una red de tensión durante varios momentos, tan espeso que apenas la dejaba respirar. Ninguno quebró el hechizo. Fue Georgia quien finalmente habló.

–Si queréis mi opinión… –comenzó.

–En realidad, no –espetó Laura.

–Pues a mí me interesaría –dijo Ronan.

Georgia no necesitó mucho más. Sonrió mientras dejaba su escritorio, cruzaba la oficina y se detenía junto a él con la vista clavada en su hermana.

–¿Estás loca? Preguntó.

–¿Perdona? –al hablar oyó el bufido risueño de Ronan.

–Vamos –continuó su hermana–, el negocio no va tan boyante como para rechazar a un posible comprador.

–Él no es un comprador –arguyó–. Está utilizando su dinero para manipularme. Manipularnos.

–Manipular es una palabra dura –insistió él–. Necesito una casa. Vosotras vendéis casas. Me parece bastante sencillo.

–¡Ahí lo tienes! Arreglado –dijo Georgia–. ¿Por qué no os vais a tomar un café juntos para que Ronan pueda informarte de lo que tiene en mente mientras yo imprimo algunas propiedades potenciales en la zona de Laguna? Te gustan los riscos, ¿verdad?

–Sí. Me recuerdan a mi casa.

–Estupendo –Georgia recogió el bolso de su hermana y se lo entregó–. Marchaos ya, os tendré diez o veinte casas para cuando volváis.

–Fusilaban a los traidores, ¿lo sabías? –murmuró Laura.

–Eh, es martes –indicó Georgia mientras los escoltaba hasta la puerta–. Carmen siempre prepara bollos de canela los martes. Puedes traerme uno.

–Empleas el dinero como una porra –soltó Laura con vehemencia una vez que estuvieron en la soleada acera–. ¿Lo has notado?

–No es una porra, pero, sí, ya lo he usado como arma –usaba lo que fuera para ganar. Así lo había hecho siempre. Y seguiría haciéndolo.

–Pareces orgulloso.

–¿Por qué no iba a estarlo? –la siguió–. Lo tengo. ¿Qué sentido tiene no usarlo?

–No juegas limpio.

–Juego para ganar y tú lo sabes muy bien –se miraron.

–¿Vas en serio con esto? –preguntó.

–Sí –de hecho, iba muy en serio. Era el plan perfecto. Después de todo, iba a necesitar una casa allí. Odiaba alquilar y los hoteles no le gustaban. Y el beneficio añadido que aportaba la búsqueda de la propiedad era el tiempo que tendría que pasar Laura con él.

Bajo ningún concepto él había terminado. Aún no había acabado de asimilar el conocimiento de que esa mujer había llevado y perdido a su hijo.

Pero si ella creía que la conexión entre ellos se había cortado, se equivocaba. Todavía no lo había echado de su vida ni de su cama. El sexo explosivo que habían compartido la noche anterior solo lo había convencido del error cometido al finalizar demasiado pronto lo que había entre ellos.

Finalmente, Laura asintió y empezó a caminar.

–Perfecto, entonces. Iremos a tomar un café, hablaremos de lo que quieres y luego le llevaré un bollo de canela envenenado a mi hermana –él soltó una carcajada y ella esbozó una sonrisa irónica.

–¿Tan duro es, entonces, trabajar conmigo, Laura?

–No, si es eso lo único que quieres de mí. Después de todo, soy una profesional.

–Es exactamente lo mismo que pensaba yo.

El sol caía sobre Pacific Coast Highway desde un brillante cielo azul y desde alguna parte el viento marino les llevó el olor de productos recién horneados. Laura respiró hondo y suspiró.

–Los martes son insuperables en el local de Carmen. Vamos, nos sentaremos a una mesa y hablaremos… de negocios.

–No aceptaría que fuera de otra manera –dijo sonriendo para sí mismo cuando ella reanudó la marcha.

Mientras hacía el pedido, la envió a buscar una mesa en la confitería ya llena.

Lo esperaba en un rincón del ventanal frontal. Las mesas eran pequeñas y redondas y las sillas diminutas no estaban construidas para un hombre del tamaño de Ronan. Pero se arregló, cerciorándose de que sus rodillas chocaran al sentarse.

Dio un mordisco a un bollo de canela y tuvo que coincidir en que era una delicia mientras el azúcar y la especia se disolvían celestialmente en su lengua. Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía hambre hasta que devoró la confitura.

–Estamos hambrientos, ¿eh? –comentó Laura y recibió una sonrisa tímida.

–Soy un hombre de muchos apetitos –comentó y tuvo el placer de verla ruborizarse.

–Muy bien –expuso ella sin ambages–. Primera regla. Nada de coqueteos.

–Yo no coqueteo.

–Oh, por favor. Si eres un experto –replicó antes de beber un sorbo de su café con leche.

–Intentaré reducir mi encanto si te resulto tan irresistible.

–Yo no he dicho eso.

Ronan pensó que no le hacía falta. Conocía su cuerpo y su mente. Sabía que intentaba ocultar las reacciones físicas que él le provocaba.

–Ah, estupendo. No tenemos problemas, entonces, ¿verdad? –con el punto anotado, alzó su taza de café y con cuidado se apoyó en el respaldo de la silla, como si esperara que cediera y terminara de espaldas en el suelo.

–Ninguno en absoluto –alzó el bolso y sacó una pequeña tableta electrónica y un lápiz óptico, luego lo miró–. Bien, ¿qué tipo de

casa tienes en mente?

–Lo sabré cuando la vea –se encogió de hombros.

–Eso no me ayuda mucho.

–Bien –dijo él, recordándose quién estaba al frente de ese juego–, ya nos conocemos desde hace cierto tiempo, por lo tanto, ¿en qué tipo de casa me ves?

–Para empezar, grande.

–Sí, ese es un buen comienzo –convino, riendo mientras se movía con cuidado en la silla diminuta.

–Cerca o junto al agua –continuó ella.

–Me encanta el mar. Supongo que viene de crecer tan cerca de él.

Era algo que tenían en común. Ella, que había nacido en una ciudad costera de California y él en el otro lado del mundo, habían encontrado un punto de afinidad en su amor por el océano. Aunque el Pacífico era demasiado suave y dócil para el gusto de Ronan. Prefería el Atlántico, donde las olas atronaban contra las playas de Irlanda.

Ella asintió y apuntó algo más en la tableta.

–Te encantan los libros, así que estaría bien que tuviera una biblioteca. Y un despacho separado o bien que la biblioteca fuera lo bastante grande como para contener ambos.

Sonrió. Lo conocía bien. ¿Y qué significaba eso? Jamás había pasado el tiempo suficiente con una mujer para que llegara a conocerlo tan bien como al parecer le pasaba a Laura. Frunció el ceño al comprender ese sencillo hecho.

Laura le gustaba mucho más que lo que había imaginado.

Pero no podía dar marcha atrás. La deseaba. En ese mismo instante el cuerpo le palpitaba al pensar en ella, así que dejar de verla quedaba descartado.

–No sabes cocinar –dijo–, así que imagino que a un ama de llaves o a una cocinera le encantará…

Aún podía verla mentalmente desnuda sobre la encimera de granito en la casa de Laguna, sonriéndole. Dándole la bienvenida mientras él olvidaba que había puesto una sopa al fuego. El acto sexual había sido rápido, apasionado y completamente satisfactorio… hasta que oyeron el siseo de la sopa al hervir.

–Bueno, continuemos. También te gusta mucho la intimidad, así

que no querrás vecinos cerca.

–Cierto.

–Con varios dormitorios, supongo, por si tienes… invitados.

Inclinó la cabeza para apuntarlo mientras Ronan se contenía para no acariciarle el cabello soleado.

–Entonces, básicamente quieres una mansión aislada junto al océano, con suficiente espacio para albergar libros e invitados.

–Suena perfecto.

–No será fácil de encontrar –indicó ella.

–Entonces, será mejor que nos pongamos a buscar, ¿no? –se levantó y la ayudó a apartar la silla para que ella se incorporara.

Al mirar esos claros ojos azules, solo vio cautela. Una parte de él lo lamentó. Pero otra más grande se preguntó cuánto tiempo necesitaría para volver a convertir esa suspicacia en pasión.

Capítulo Siete

Durante dos semanas, pasaron juntos todo el tiempo. Y cada día Ronan iba minando parte de la determinación de Laura de un modo sutil y casi furtivo.

Y durante dos semanas, descubría algo que no le gustaba en cada propiedad que ella le mostraba. Demasiado pequeña. Demasiado grande. Demasiado alta en el risco, demasiado baja en la ladera. Poco cerca del océano, demasiado cerca de donde rompían las olas. Lo exponía de forma perfectamente razonable, pero la conclusión era la misma. Alargaba el tiempo que pasaban juntos y Laura se encontraba al límite de su control.

Y estaba muy bien hacer un voto de castidad en lo concerniente a Ronan… pero mantenerlo empezaba a resultarle incluso más difícil que lo que había pensado.

Y más cuando él pasaba casi todo el tiempo en su casa. En ese mismo instante, estaba sentado cómodamente en el sofá a su lado, con las largas piernas extendidas y los pies cruzados a la altura de los tobillos. Cuando se movía, era para tomar otra porción de pizza de la caja abierta que tenían en la mesita de centro.

Bebió un trago de cerveza, la miró y le guiñó un ojo.

–Me miras igual que cuando una mujer está pensando en algo.

–Estoy pensando en que se te ve muy cómodo.

–¿Y por qué no iba a estarlo? Es una casa preciosa, la chimenea está encendida, hay una mujer hermosa a mi lado y un perro a mis pies.

–Muchas gracias –dijo Georgia desde su silla.

–Te pido disculpas –se corrigió Ronan con una sonrisa cegadora–. Dos mujeres hermosas.

–Mucho mejor –Georgia alzó su copa de vino en un brindis silencioso.

–No eres de mucha ayuda –le dijo Laura a su hermana.

–¿Se suponía que debía ayudar?

–¿Es que no quieres que esté cómodo? –preguntó Ronan.

–Simplemente, no entiendo por qué tienes que estar cómodo aquí.

–Cariño, porque aún tienes que encontrarme una casa apropiada que comprar.

–Podrías irte a la que alquilas.

Él obvió ese comentario y le preguntó:

–¿Dónde está situada esa casa que me quieres enseñar mañana?

–En realidad, son dos –repuso, complacida de volver a terreno firme, a pesar de que sabía muy bien que él descartaría cualquier propiedad palaciega que le mostrara–. Esa está en Dana Point, más al sur a lo largo de la costa. Se construyó hace solo tres años. Es de estilo de Cabo Cod, pero…

–No servirá –se acercó a ella en el sofá.

–Ni siquiera la conoces, Ronan –expuso–. Al menos podrías esperar a verla antes de decir que no.

–No tendría sentido. No me interesa el estilo de Cabo Cod. A pesar de lo bonitas que son, no me dicen nada.

–Bueno, entonces, ¿qué es lo que te dice algo, por el amor del cielo?

–Tú –murmuró él.

Algo en el interior de Laura se agitó y cobró vida con excitación. Pero aplastó ese pequeño vestigio de esperanza como a una cucaracha. El coqueteo para él era su segunda naturaleza. El deseo le era igual de fácil y no significaba nada. No tenía sentido si detrás de la pasión no hubiera un verdadero sentimiento que lo sustentara.

Había aprendido esa lección y no pensaba olvidarla.

–No vayas por ahí.

–¿Por qué diablos no? –bajó más la voz para que Georgia no oyera, a pesar de que estaba concentrada en lo que veía en la televisión en el otro extremo del salón–. Formamos una buena pareja.

–En la cama –especificó.

–Exacto –convino él con júbilo–. Haces que esto parezca más difícil de lo que es.

–No –descartó la imagen de las mujeres haciendo cola para meterse en la cama de ese apuesto irlandés–. No soy yo quien se muestra difícil. Ya te he dicho…

–¿Por qué no hablamos del tema a solas? –la cortó, señalando

con la cabeza a Georgia–. Podríamos salir a dar un paseo.

Lo que le faltaba, estar a solas con él en la oscuridad.

–Hace frío –señaló, hundiéndose aún más en los cojines.

–Yo puedo darte calor –ofreció antes de sonreír–. No de una manera romántica, desde luego. Solo de una forma amigable…

–Oh, oh. No, gracias. No quiero abandonar a mi hermana.

–¿No será que es porque no confías en ti a solas conmigo?

Laura rio, aunque esa mentira fue más difícil de sacar adelante de lo que había imaginado. Claro que no confiaba en sí misma.

–No te preocupes, creo que puedo contenerme de lanzarme a tus brazos masculinos.

–Por mí no lo hagas.

–Ronan, teníamos un trato –le recordó–. Nada de coqueteos.

–Si esto no es más que una conversación.

–Entonces, tampoco conversaciones.

–Eres una mujer dura.

–Puedes apostarlo –era tan dura que por eso cada noche se daba una ducha de agua fría y luego caía en un sueño lleno de imágenes de él, para levantarse cada mañana exhausta y tensa y dedicar el día a decirle que no a Ronan.

Si alguna vez lograba venderle una casa, se habría ganado con creces esa comisión.

En ese momento le sonó el teléfono. Ronan comprobó la pantalla y se puso de pie.

–He de aceptar la llamada, lo siento.

Ella se encogió de hombros, pero se preguntó quién sería. Lo observó irse hacia la cocina en busca de privacidad. Con la vista clavada en su trasero, suspiró ante esa vista.

–Claro que no lo deseas –Georgia contuvo una carcajada.

–Y eso me lo dice la mujer que no ha tenido una cita en seis meses.

–Soy selectiva.

–Estás asustada.

–Tengo motivos para ello –repuso ceñuda.

–Y yo –convino Laura–, así que dejémoslo ahí.

–Sabes que te quiero –Georgia le quitó el volumen al televisor–. Pero estás chiflada.

–¿Qué?

–¿Buscas la santidad o solo matar a Ronan?

–Ninguna. ¿No estabas viendo un programa de noticias?

–Como no querías romper nuestro feliz trío, solo intentaba daros un poco de intimidad. Tal vez debería irme arriba.

–No –miró a su hermana–. Si lo haces, te juro que jamás volveré a prepararte otra tarta de chocolate.

–Juegas sucio, pero de acuerdo –Georgia sonrió–. Pero lo que quiero decirte es que a él le gustas. Él te gusta a ti. ¿Por qué diablos no?

–Tú lo sabes muy bien.

–Cariño, sé cómo te dejó perder al bebé –susurró con voz suave–. Lo dolida que te quedaste cuando Ronan se marchó. Pero por si no lo has notado… ha vuelto.

–¿Por cuánto tiempo?

–¿Quién lo sabe? ¿No está ahí la gracia? –le recordó a su hermana–. Incluso cuando piensas que será para siempre… eso no significa que vaya a serlo.

Hizo una mueca para sus adentros y se sintió un poco culpable. Sabía lo mucho que Georgia había amado a aquel idiota que había jurado «hasta que la muerte nos separe» y luego había terminado por dejarla por una animadora.

–No puedo con algo temporal, Georgia. Simplemente, no puedo.

–Todos estamos en algo temporal, cariño. Lo que pasa que la mayoría no lo sabemos hasta que es demasiado tarde.

Ronan regresó al salón y las observó.

–¿Me he perdido algo?

–No –se anticipó Georgia antes de que hablara Laura–. Cosas de hermanas.

–¿Va todo bien? –inquirió Laura.

–Sí y no –respondió–. Hay ciertos problemas en casa de los que tengo que ocuparme. Por la mañana tomaré un vuelo a Irlanda.

Lo irritó no verla sorprendida. Él tampoco tenía ganas de irse, pero no podía soslayar la llamada. Era evidente que Laura había esperado que volviera a marcharse. Y en ese momento le estaba demostrando que no se había equivocado. Otro motivo de irritación.

Seguido de un momento de inspiración.

–Ven conmigo.

–¿Qué? –ella rio y movió la cabeza–. ¿Ir contigo? ¿A Irlanda?

–Sí, a Irlanda –se dijo que era perfecto. Llevaba semanas tratando de hacer que volviera a su cama, y tenerla en Irlanda solo podría ayudarlo en su misión.

–¿Hablas en serio?

–Absolutamente. ¿Tienes el pasaporte en vigor?

–Sí, claro, pero…

–Entonces, no hay ningún obstáculo.

–Hay uno enorme. No puedo irme a otro país con tanta facilidad. He de llevar un negocio y tengo… un perro…

Bestia meneó el rabo.

–¿Me estás diciendo que Georgia es incapaz de llevar la inmobiliaria durante una o dos semanas?

–¿Dos?

–He de supervisar algunos negocios en casa y durante mi estancia allí debería comprobar también las oficinas de Galway –le expuso con sinceridad–. Han pasado seis meses y aunque el teléfono funciona bien, no sustituye la presencia física del jefe –ella se puso de pie y se alejó–. Y te enseñaré mi país como tú me has enseñado el tuyo –añadió con voz queda y tentadora.

–Esto es ridículo –insistió, aunque menos segura–. Yo no puedo…

Las hermanas se miraron y Ronan pensó que estaba a punto de perder, por lo que le hizo una oferta que sabía que a ella le costaría rechazar.

–Ven conmigo, Laura, y compraré la casa que me mostraste ayer.

–Com… –se quedó boquiabierta.

–¿Qué casa? –preguntó Georgia.

–La mansión Barrett –le dijo a su hermana sin dejar de mirarlo.

–¿Bromeas? –Georgia se puso de pie y fue al lado de su hermana, mirando a Ronan con curiosidad, como si no pudiera creer lo que decía.

Si la subía a su avión, el problema de la casa quedaría resuelto. Solo había estado dando largas para que se acostara con él, pero de verdad necesitaba una casa allí.

De hecho, la mansión era casi perfecta… grande, próxima al océano y con un terreno adicional amplio para la ciudad pequeña en la que se hallaba. Y en ese momento podría aprovechar su

compra para sacar ventaja… el único modo en que le gustaba cerrar un trato.

–Esa mansión lleva un año y medio en el mercado –indicó Georgia.

–Lo sé –repuso Laura.

Ronan casi pudo ver cómo le giraban los engranajes del cerebro, pensando, calculando, analizando.

–La comisión de esa propiedad sería…

–Lo sé –repitió Laura–. Sería suficiente para que compráramos el edificio.

–Santo cielo –susurró Georgia, mirando de soslayo a Ronan–. Eres bueno.

–Gracias –inclinó la cabeza.

–Esto es chantaje –afirmó Laura.

Él sonrió y Georgia bufó.

–Cierto, es intolerable –ironizó ésta–. Por si no lo has notado, el mercado no está en su apogeo –le recordó.

Si fuera solo ella, podría darle una negativa por cuestión de principios. Pero él también la conocía lo bastante bien como para saber que aceptaría por su hermana.

–Lleva los papeles de la venta contigo y una vez en Irlanda, los firmaré –esperó sin dejar de mirarla, permitiéndole sopesar todo.

–Lo hará –aseveró Georgia sin vacilación.

Mientras sobrevolaban la brillante joya verde que era Irlanda perfilada contra el profundo océano azul, Ronan la miró.

–¿Tienes los papeles preparados, entonces?

–Sí –sacó del bolso el acuerdo de venta, se lo entregó y lo vio echarle un último vistazo.

Ya había leído el contrato de compra de arriba abajo durante el vuelo, de modo que tardó poco en ir a la última página y firmarlo.

Al devolvérselo, Laura sonrió. Sin importar lo que pasara, Georgia y ella podrían comprar el edificio. Hacer que su negocio creciera.

–Puedes enviarle a Georgia el contrato por fax desde el despacho de mi casa –dijo él–. Entonces, será oficial.

–De acuerdo, lo haré.

Tal vez el viaje se iniciara por la promesa de la seguridad económica, pero una vez allí, iba a seguir el consejo de Georgia.

«Tendrás dos semanas con él, cariño. Y en ese tiempo podrás quitártelo del corazón para siempre… o dejarlo regresar. Sea como fuere, harás el viaje de tu vida, así que intenta disfrutarlo».

Era lo que pretendía hacer.

–Bienvenida a Irlanda –el susurro de Ronan sonó en su oído mientras bajaba del jet privado y recibía una ráfaga de viento frío que le devolvió el color a sus mejillas y la dejó sin aliento.

Miró a su alrededor. Según Ronan, se hallaban en un aeropuerto pequeño y regional en el Condado Mayo. Nada de grandes terminales. Solo había una pista de aterrizaje rodeada de unos campos tan verdes que casi producían dolor al mirarlos. La artista que tenía dentro anheló tratar de captar lo que veía.

Quizá aún estuviera furiosa por el modo en que él la había chantajeado para que aceptara acompañarlo, pero no era tan tonta como para dejar que la furia le estropeara su primer viaje a Europa.

–¿Tienes frío?

–Un poco –respondió, agradecida de que su vestido verde musgo al menos fuera de manga larga, a pesar de que el escote pronunciado dejaba bastante de su pecho expuesto al viento.

Ronan la tomó de la mano y el calor de su cuerpo mitigó parte del efecto del viento irlandés, aunque también le despertó mariposas en el estómago.

Caminó junto a ella hasta el coche que los esperaba.

–Espero que no estés demasiado cansada. Es un viaje aproximado de una hora hasta el pueblo y mi casa.

–No estoy cansada –afirmó con una sonrisa a pesar del aleteo interior que la embargaba–. Estoy en Irlanda.

Él rio entre dientes y le apoyó una mano en el brazo.

–¿Quieres conducir tú? –preguntó con tono risueño.

–¿Qué? No.

–Entonces, quizá debas ir al otro lado.

Bajó la vista y se dio cuenta de que se hallaba donde debería haber estado el lado del acompañante. Por supuesto, allí el volante estaba a la derecha.

–Cierto. Me resulta extraño.

–Solo a ti. Para mí, es el modo correcto de conducir.

Después de que guardaran el equipaje en el maletero, Ronan arrancó y emprendió la marcha.

–Nos dirigimos al pueblo de Dunley y a mi casa un poco más adelante.

–¿No dijiste que Cosain tenía su cuartel general en Galway?

–Sí, pero mi casa se encuentra en Dunley.

Ella miró por la ventanilla. Iban por un camino que con cada metro que avanzaban parecía estrecharse un poco más.

–Nunca había visto tantas tonalidades de verde. Es hermoso. Allí donde miro, hay un cuadro. Ojalá se me hubiera ocurrido traer mis pinturas.

–Podemos comprar lo que necesites en Westport. No está muy lejos del pueblo.

–Me encantaría –aceptó.

El cielo se veía gris y el viento azotaba los campos cultivados. Torres de piedra medio desmoronadas hablaban de historias de caballería y grandeza acaecidos siglos atrás.

–Hay tanto –musitó Laura–. Los castillos y las torres aún siguen ahí.

–Sí –él miró una torre alta en ruinas–. Sus batallas han concluido, sus muros de piedra se vienen abajo, pero los ecos reverberan. Nos hacen recordar. Siempre.

–¿Qué?

–Que los irlandeses luchamos por lo que amamos –la miró–. Que conseguimos lo que deseamos.

Tembló ante la advertencia que percibió en su voz.

–¿Y qué pasa si una vez que lo consiguen, ya no lo quieren?

–Bueno, eso representaría un problema completamente diferente, ¿no?

Decidió cambiar de tema.

–¿Sabes? En el avión, en Nueva York, se te veía distante. Más formal. Pero ahora eres…

Giró para mirarla otra vez a la suave luz de la mañana. Los ojos azules ardían con intensidad.

–¿Qué soy?

–Diferente –desde que aterrizaran en Irlanda, era como si el corazón se le hubiera abierto. Lo veía en sus ojos y en sus facciones al contemplar el país que amaba. Era más real que nunca… lo que

lo convertía en más peligroso para su corazón.

A ese Ronan… no sabía si sería capaz de dejarlo ir cuando llegara el momento.

–Entonces, ¿qué piensas de mi isla, Laura?

–Hasta ahora, me encanta –reconoció.

–Buena respuesta. Muy buena respuesta –repitió con una sonrisa.

Unos pocos kilómetros más adelante, giró y se metió en un camino de grava con crisantemos de colores brillantes a ambos lados.

La casa hermosa que había al final era de piedra gris, de dos plantas, y se extendía desde el centro en dos alas. Las ventanas resplandecían bajo el sol de la mañana.

–Mi hogar –le dijo Ronan, apagando el motor.

Aturdida, Laura bajó del vehículo y permaneció de pie en el camino de grava. Recorrió la mansión con la vista, los terrenos que la circundaban y, finalmente, volvió a posarla en él, descubriendo que Ronan la observaba.

–Muy bien, ahora entiendo por qué no te gustó ninguna de las casas que te mostré –volvió a mirar la estructura sin duda con siglos de antigüedad–. Si las comparabas con ésta, no hay color.

–Oh, hay una casa en la playa que tenía algo que a esta le falta.

–¿En serio? ¿Cuál?

–La casa en la que vives tú, Laura.

Respiró hondo y soltó el aire despacio para estabilizarse. Se preguntó a quién quería engañar. Alrededor de Ronan no existía el equilibrio. Jamás.

La puerta principal estaba pintada de un brillante rojo cereza y cuando se abrió, un profundo gruñido quebró la quietud. Un enorme perro pastor inglés, negro y blanco, salió a toda carrera del interior y se lanzó directamente hacia Ronan.

–¡Deirdre! –este rio y se plantó con firmeza en el suelo. Osciló un poco cuando el animal gigantesco chocó contra él. Le acarició el pelaje y le rascó la cabeza detrás de las orejas, haciendo que el perro experimentara espasmos de éxtasis. Poniéndose en cuclillas, alzó la vista para mirarla–. Te presento a Deirdre, bautizada así en honor de una de las heroínas míticas de Irlanda.

Antes de que Laura pudiera hablar, el perro se levantó y fue hacia ella, preparado para ofrecerle otro recibimiento exuberante.

–¡No! –gritó Ronan y Deirdre se sentó sin dejar de menear el rabo.

Encantada con el animal alegre que por suerte había quebrado la tensión entre Ronan y ella, se inclinó y le apartó el pelo de los ojos.

Deirdre lamió la cara de Laura en señal de bienvenida.

–¿Un irlandés con un pastor inglés? –preguntó Laura sin dejar de reír mientras se secaba el rostro y alzaba la vista hacia el hombre que se había acercado a ella.

–No soy tan mezquino como para no poder reconocer que los ingleses tienen algunas cosas buenas.

Capítulo Ocho

Era preciosa.

Deirdre corrió delante de ellos, resbalando cada vez que llegaba a una de las coloridas alfombras que por doquier cubrían los suelos de madera.

Las paredes exhibían un azul suave y estaban cubiertas de cuadros, principalmente retratos familiares. Mientras Ronan atravesaba la casa en busca de alguien, ella se tomó un momento para estudiar los rostros que la miraban ceñudos.

Un hombre en particular daba la impresión de querer morderla y regresar al mundo para gobernarlo. La mujer a su lado, aunque hermosa, tampoco parecía feliz de verse atrapada en el lienzo.

–Mis padres –le informó Ronan, acercándose por detrás de ella con tanto sigilo que la sobresaltó.

–¿Dónde están ahora?

Se encogió de hombros como si la pregunta tuviera poco sentido para él.

–Atacándose mutuamente, sin duda, atrapados entre el cielo y el infierno, ya que ninguno es capaz de coincidir en algo.

–Oh, lo siento.

–Fue hace mucho tiempo –dijo–. Murieron en un accidente de coche hace más de diez años.

Ella pensó en sus padres, felices en Oregón, y en cómo se sentiría si los perdiera.

–Debió de ser duro perderlos súbitamente a los dos.

–No pongas emociones donde tú crees que deberían estar –repuso–. Mis padres formaban la pareja más infeliz que te puedas imaginar y se aseguraron de compartir ese sentimiento con su único hijo.

–Ronan…

Movió la cabeza y le tomó la mano, llevándola hacia una estancia próxima.

–He encontrado a Patsy, mi ama de llaves, en la cocina. Ha

preparado té y lo traerá de inmediato a la sala de estar.

–De acuerdo.

No quería hablar de sus padres y no lo hicieron. Pero Laura tuvo que reconocer que saber la situación de estos la ayudaba a entenderlo un poco mejor. No le extrañó que no sintiera mucha afición por la familia o el amor. Ni que no supiera cómo reaccionar cuando le contó lo del bebé perdido.

Entonces se detuvo en seco y sonrió al observar la habitación. La sala de estar era asombrosa. Una chimenea de losas blancas en la que un fuego evaporaba la lobreguez del día. Unas paredes de un verde pálido decoradas con cuadros de paisajes marinos. Unos sofás enormes y mullidos separados por una mesilla de centro que contenía un cuenco de cristal de Waterford con flores otoñales.

–Es precioso.

–Sí, lo es –fue hasta una mesa giratoria que contenía diferentes frascas, eligió una y se sirvió una copa y luego se volvió hacia ella con una mano apoyada en la repisa.

Con las rodillas súbitamente flojas, Laura se dejó caer en uno de los sofás. En los Estados Unidos la había cautivado sin dificultad. En su hogar, resultaba aún más demoledor. Pertenecía a ese sitio. Pensó en las torres en ruinas y lo imaginó saliendo del pasado. Un guerrero irlandés. Orgulloso. Fuerte. Implacable.

Lo deseaba tanto que le dolía. Pero acostarse con él no cambiaría nada. Seguía sin ser el hombre para ella. Y si se permitía sentir algo más por él, el dolor sería más agudo cuando inevitablemente acabara.

–Ah, aquí llega el té.

Patsy Brennan era baja, con el cabello negro entrecano recogido en un moño. Su piel era suave y blanca casi como la leche y sus ojos azules mostraban rastros de lágrimas.

–Aquí tienen. Hola, señorita. Bienvenida a Irlanda.

–Gracias –dijo Laura mientras la mujer depositaba una bandeja delante de ella sobre la mesita. Había una bandeja con sándwiches, otra con bollos pequeños y frescos y una tetera cuya circunferencia estaba decorada con violetas–. Tiene un aspecto maravilloso.

–¿Qué sucede, Patsy? –inquirió Ronan.

–Nada en absoluto –le aseguró la mujer–. Y desde luego no en este momento.

Laura mantuvo la cabeza baja y se sirvió una taza de té.

–Tu propia hija Sinead me llamó ayer para contarme que había problemas, ¿así que, de qué se trata?

–No debería haberlo llamado –Patsy irguió todo su metro cincuenta con tal aire de dignidad, que podría haber sido una reina.

–Sí, bueno, pero lo hizo. ¿Y por qué no debería llamar? –preguntó Ronan al tiempo que iba hacia la mujer mayor–. Todos estos años ha sido como una hermana para mí y tú más que la madre que alguna vez conocí.

–Usted tuvo una buena madre y este no es el momento –repuso ceñuda.

Laura se hundió más en los cojines, tratando de ser invisible. Si tuviera la más mínima idea de adónde podría ir, habría huido de esa habitación.

–Laura es una… amiga –dijo Ronan.

Ella clavó la vista en el té. Una amiga. Una amiga que compartía su cama, había perdido a su bebé y había sido chantajeada para viajar a Irlanda.

–Puedes decir lo que sea delante de ella –añadió él.

Sin relajar el ceño, Patsy cruzó los brazos.

–De hombre es tan tenaz como de niño –musitó casi para sí misma y oyó el bufido de conformidad de Laura–. Siempre pensó que sabía todo y que los demás tenían que decir: «Sí, Ronan», y obedecer.

–Mmm… –dijo Laura.

–Oh, señorita –asintió Patsy con vehemencia–. Podría contarle historias de su primo Sean y él…

–Por favor, llámeme Laura –le dio un mordisco al pastel y a punto estuvo de gemir de placer.

–Lo haré, entonces, y gracias, Laura. Es usted una mujer paciente para soportar a…

El grito de Ronan captó la atención de ambas.

–¿Quieres hablarme del condenado problema?

–No hay ningún problema –dijo una voz masculina desde el umbral.

Se volvieron y vieron a Sean Connolly entre una pareja joven. Tenía el pelo revuelto y las mangas de la camisa blanca con manchas de hierba. Se lo veía desarreglado pero orgulloso.

La chica que lo acompañaba tenía el cabello negro y corto, ojos azules con rastros de lágrimas, demasiado parecidos a los de Patsy como para no ser su hija, Sinead. Y el chico mostraba lo que prometía ser un impresionante ojo que no tardaría en ponerse morado.

–Sean, ¿qué haces aquí? –preguntó Ronan al tiempo que observaba a la pareja que lo acompañaba–. ¿Quiere alguien contarme qué diablos está ocurriendo.

–Laura –dijo Sean con una amplia sonrisa–, ¡es estupendo volver a verte!

–Gracias –no lo había visto desde la noche en que había dejado a Bestia en su casa–. Pareces ocupado.

–Sí, lo he estado –reconoció, luego le lanzó una mirada dura al muchacho cuyo brazo sujetaba–. Pero ya se ha arreglado.

–Ha golpeado a Michael –exclamó Sinead.

–Lo hice y lo repetiría –convino Sean.

–Ronan –se quejó Sinead–. Dile a Sean que lo suelte.

–¡No hasta que sepa qué diablos sucede en mi propia casa! –gritó este.

–¡Ese lenguaje! –espetó Patsy.

Ronan se pasó una mano por la cara, Sean sacudió a Michael como un perro a un hueso, Sinead esperó con expresión lastimera mientras Laura deseaba que lo que sostenía en la mano fuera un martini en vez de una taza de té.

–Habrá una boda –le respondió Sean antes de inclinarse hacia el muchacho cautivo–. ¿No es así, joven Michael O'Connor?

El chico asintió.

–¡No me casaré con él! –Sinead alzó el mentón y se dirigió al sillón que había junto a la ventana en el otro extremo de la sala. Se dejó caer con todo el dramatismo de la juventud y clavó la vista en el día gris.

–¿Por qué debería casarse con él? –Ronan miró a su primo.

–Lleva su bebé y él ha decidido hacer lo correcto, ¿verdad, Michael?

–Sí –musitó el tal Michael.

–¿Bebé? –repitió Ronan.

–¿Una boda? –preguntó Laura.

–¿Más té, señorita? –inquirió Patsy.

Ronan sentía como si la cabeza pudiera estallarle.

Y en ese momento lo habría agradecido.

Patsy le gritaba a Sinead, Sinead le gritaba a Sean, Sean le gritaba a Michael y él le gritaba a todos. La única persona sensata allí era Laura, que los observaba como si fueran un programa de televisión.

–No me casaré con un hombre al que has tenido que perseguir como a un perro –le dijo Sinead a Sean.

–No salí corriendo –expuso Michael.

–Ah, claro, entonces ibas a marcha rápida, ¿no? –se mofó Sean.

¿Sinead embarazada? Si apenas unos días atrás era aquella niña de doce años que lo seguía a todas partes, se dijo Ronan.

¿Es que había alguna epidemia de la que no había oído hablar? La mujer de su amigo Sam Travis esperaba un bebé. En ese momento, Sinead.

Sintió algo que no pudo identificar.

En ese instante Laura alzó la vista y lo sorprendió mirándola. En sus ojos vio sombras y también él supo que estaba pensando en la propia situación que compartían y comparándola con la de Sinead. Pero primero debía ocuparse del griterío.

–Sinead –bramó, consiguiendo la atención de todos–. Hagamos esto lo más sencillo posible. ¿Estás embarazada de Michael?

Ella se limpió una única lágrima, furiosa.

–Sí.

–Entonces, os casaréis –afirmó con rotundidad, dedicándole una mirada de advertencia al padre del bebé–. En cuanto podamos arreglarlo.

–Como debería ser –convino Sean, satisfecho.

–Ya le había dicho que me casaría con ella. No tenía que haberme puesto un ojo negro –dijo Michael.

–Fue divertido –le aseguró Sean.

Sinead se levantó del sillón, cruzó la estancia a la carrera y plantó ambas manos en el pecho de Ronan en gesto de acusación.

–Te llamé para que me ayudaras –su voz sonaba dolida y le brillaban los ojos.

–Lo estoy haciendo –la miró con cariño–. ¿Por qué no quieres

casarte con él?

–Porque no voy a ser el deber de ningún hombre –por encima del hombro miró furiosa al muchacho que era su amante–. Me casaré por amor o no me casaré.

–¿Amor? –Ronan la sujetó por los hombros. La observó y la vio como a una niña y como la mujer que era en ese momento, y el corazón se le derritió. Pero sabía lo que era mejor para ella–. ¿Lo amabas cuando concebiste al bebé?

Ella evitó su mirada. En la sala reinaba el silencio y al final Sinead volvió a alzar la cabeza y susurró:

–Sí.

–¿Y él te amaba?

–La amaba y la sigo amando –dijo Michael desde donde Sean aún mantenía una mano cautelosa sobre su hombro.

–Te casarás, Sinead. Has querido a Michael desde que tenías dieciséis años y nada ha cambiado. Solo el momento de hacerlo.

–No quiero que tenga que casarse conmigo –insistió ella.

–La responsabilidad jamás es fácil, pero es el único camino y tú lo sabes bien –intervino Patsy desde donde estaba sentada en el sofá.

Ronan le echó un vistazo a Laura, quien se mordía el labio inferior como si se obligara a estar callada.

–La responsabilidad no debería ser la razón de una proposición de matrimonio –arguyó Sinead, girando la cabeza para mirar a su madre.

–No es así, Sinead –aportó Michael, liberándose de la mano de Sean y yendo hacia ella.

Ronan se interpuso entre ambos, conteniendo aún el deseo de ponerle morado el otro ojo. Podía entender la pasión, pero no la falta de precaución. Aunque en el momento de pensarlo, recordó que Laura se había quedado embarazada incluso usando preservativo.

Sean hizo retroceder a Michael, Patsy se incorporó para hablar cara a cara con ella y Sinead reanudó su llanto.

Ronan se erguía como un hombre perdido en su propio hogar y observó a Laura abandonar la sala como un fantasma.

Se había hartado de gritos y recriminaciones. Pensando que nadie la echaría en falta si desaparecía, atravesó un ventanal que daba a un patio de piedra.

Al instante, el viento de Irlanda la golpeó como un puño enfundado en un guante de terciopelo helado. No obstante, era más fácil eso que el drama del que acababa de evadirse.

La penetrante fragancia de los crisantemos le había invadido el olfato, empujándola fuera del patio y por unos escalones de piedra que serpenteaban por un jardín que en su mayor parte hibernaba. Pero no le costaba nada imaginar cómo estaría en la primavera y el verano.

Más allá había un extenso jardín verde que descendía hacia riscos que reverberaban con el trueno de las olas al romper en la playa. Permaneció allí en silencio, dejando que su corazón se tranquilizara y su mente se vaciara mientras intentaba liberar la furia que la había impulsado a escapar.

Pero se adhería a sus entrañas y le helaba el alma.

Movió la cabeza, le dio la espalda al mar y miró la elevación de un monte verde en lo alto del cual se levantaba una torre redonda, antigua y solitaria. Sin pensarlo, fue hacia ella en busca de una promesa de paz.

No iba vestida para ese clima. Sentía la piel tan helada como su corazón mientras el viento continuaba con su inexorable embate. Sus tacones se hundían en el blando suelo hasta que tuvo que luchar cada paso, decidida a llegar a la cima. A mitad de camino, comprendió que detrás de la torre había un cementerio antiguo.

Continuó y en la distancia oyó el ladrido feliz de Deirdre a medida que se acercaba a la carrera. Cuando tropezó, decidió quitarse los zapatos y llevarlos en una mano. La hierba larga era suave y sedosa bajo sus pies desnudos, pero también había piedras que le arañaban la piel durante el ascenso.

Deirdre la pasó a toda velocidad, encantada de tener compañía en su carrera. Laura sonrió a pesar de la agitación que bullía en su interior hasta que justo detrás de ella oyó una voz familiar.

–Te congelarás –advirtió Ronan, llegando hasta ella y tomándola por el brazo para detenerla.

–No importa –arguyó, soltándose de un tirón–. Estoy bien.

–¿Qué haces, Laura?

–Necesitaba salir de allí –lo miró, luego de nuevo a la torre que se alzaba como una baliza. Medía unos seis metros y cuando la construyeron debió de ser más alta, ya que tenía la parte superior rota.

–¿Para venir al cementerio? –preguntó al tiempo que se quitaba el abrigo para ponérselo sobre los hombros–. ¿Descalza?

–Los tacones no dejaban de hundirse.

–Laura…

Entonces, alzó la cara para mirarlo.

–Déjame sola un rato, Ronan. Por favor.

–No –le enmarcó la cara con las manos y sintió el frío extremo de su piel–. No lo haré. Si estás tan decidida a ver la torre, iré contigo.

Deirdre atravesó la herbosa extensión en pos de su propia imaginación y subió hasta las lápidas ladeadas que se erguían en recuerdo de aquellos perdidos. Laura pensó que el lugar era atemporal. La gente que siglos atrás la había construido había tenido los mismos deseos y necesidades, miedos y decepciones. Habían vivido y muerto, dejando su huella allí, con esa torre. Con las lápidas.

¿Qué huella iba a dejar ella?

Ronan le pasó un brazo por los hombros y la pegó contra su cuerpo. Su jersey grueso y tejido a mano irradiaba calidez y olía a él, lo que hizo que anhelara acurrucarse a pesar de todo.

No quería necesitarlo a su lado. Hasta odiaba el calor del abrigo o la fragancia que le llegaba al olfato. Pero lo quería y no podía ocultárselo a sí misma.

–Has recibido una grata bienvenida a Irlanda, ¿verdad? –comentó él, apoyando el mentón en su cabeza.

No hizo ningún comentario, porque lo que dijera podía conducirla a una conversación que no quería tener.

–¿Qué le pasó a esta torre? –musitó con la voz casi perdida en el viento.

–Lo más probable es que fuera destruida en una antigua batalla, y que lo que quedara lo desgastara el viento.

–Pero los restos están bien cuidados –le entristeció pensar que si se hallara en su patria, la vería llena de pintadas.

–Sí. En Irlanda honramos nuestro pasado y luchamos por nuestro

futuro.

Respiró hondo y lo miró.

Laura soltó sin rodeos:

–¿Como Sinead está tratando de luchar por el suyo?

–Esto no es lo mismo, Laura. Sinead sabía que para ella solo habría un matrimonio al final si entraba en juego un bebé. También Michael lo sabía.

–Obligarlos a casarse no está bien, Ronan –se apartó el cabello de los ojos–. ¿Y si son desdichados juntos?

–Por lo que yo he visto, casi todos los matrimonios terminan así –se encogió de hombros con indiferencia.

–¿Y le deseas eso a Sinead?

–No estás en los Estados Unidos, Laura –comentó con paciencia–. Esto es Irlanda y aunque hemos avanzado mucho en las últimas décadas, una mujer sola con un bebé se adentra en un camino duro. Michael sabía a lo que se arriesgaba. También Sinead.

–El sexo no debería ir acompañado de un castigo.

–No lo entiendes, y no hay motivo para que lo comprendas –calló un momento tenso y luego se serenó antes de proseguir–: Sin importar lo que pareciera, a Sinead no se la está obligando a nada. Ha ido detrás de Michael desde pequeña y finalmente lo ha conseguido. Solo quería que alguien le dijera «no» para poder seguir adelante y hacer lo que quería. Es la chica más rebelde del Condado de Mayo. Siempre lo ha sido.

–¿De modo que le estabas haciendo un favor?

–En cierto sentido.

–¿Y el puñetazo que le propinó Sean a Michael en el ojo también fue una buena obra?

Él se pasó ambas manos por la cara, luego murmuró:

–Ese joven idiota se acostó con una chica a la que Sean y yo consideramos como a una hermana pequeña. ¿Eres capaz de entender que nos cueste tratar con eso?

Laura sonrió para sus adentros.

–De hecho, es lo único que entiendo a la perfección.

–Al menos es algo.

–Quieres que ella sea feliz.

–Sí –admitió Ronan.

–Casada.

–El matrimonio, para algunos, es lo correcto. O eso tengo entendido.

–Pero no para ti.

–No para mí –admitió, mirándola.

–Claro. Es muy fácil dar un paso atrás y ordenarle a la gente que haga lo que tú no quieres hacer. O… ¿es eso lo que yo habría sido para ti de no haber perdido al bebé? –exigió–. ¿Un castigo que aceptar? ¿Un sacrificio soportado con valor?

–¿Quieres decir si me habría casado contigo? –frunció el ceño–. Sí, lo habría hecho. Porque es lo correcto.

Muda, solo fue capaz de mirarlo y reír dominada por la incredulidad.

–¿Te estás escuchando a ti mismo? Crees que el matrimonio es una trampa, pero lanzarías a esa joven a sus fauces y también habrías intentado hacer lo mismo conmigo.

–Y lo habría hecho, no te equivoques –gruñó.

Laura se apartó, echando de menos su calor, pero no podía seguir cerca de él cuando lo que deseaba era golpearlo.

–Yo no me habría casado contigo, Ronan. No tengo más interés que Sinead en ser el castigo de nadie.

–Y como Sinead, no tendrías elección en el tema.

–Tu arrogancia carece de límites.

–¿Es arrogante querer hacer lo que es correcto? –espetó con un brillo de furia en los ojos–. Si mi hijo siguiera dentro de ti, ¿crees que te habría dejado abandonarme?

La recorrió un frío que no tenía nada que ver con el clima y que hundió unos amargos dientes en su alma.

–Ya no estoy embarazada, Ronan, y sigues sin dejarme en paz. Por lo tanto, ¿qué significa eso?

La miró con los dientes apretados.

–Significa que te dejaré en paz. Pero aún no –se alejó unos pasos y le silbó a Deirdre, que se alejaba demasiado. Mientras el perro corría hacia ellos, volvió a mirar a Laura–. Yo crecí en esa casa –con el brazo señaló la mansión que tenían detrás–, y nunca vi un solo motivo para creer que el matrimonio fuera otra cosa que una trampa de la que un hombre se cortaría el propio pie con tal de escapar.

Ella contuvo el aliento y escuchó.

–Mis padres –prosiguió él como si en su interior se hubiera roto un dique y ya no fuera capaz de contener el flujo de palabras– insistían en que se habían casado por amor; sin embargo, dedicaban cada minuto que pasaban despiertos a despellejarse. Los dos eran desdichados y tanto la ley como la iglesia los condenó a permanecer así hasta que finalmente la muerte les brindó, a ellos y a mí, algo de paz.

–No todos los matrimonios son de esa manera, Ronan –dijo, acariciando el pelaje de Deirdre cuando el perro se apoyó en ella.

–No soy idiota, ¿sabes? –ironizó–. He visto algunos buenos. Mi amigo Sam, un hombre tan decidido como yo a permanecer soltero, es feliz y a punto de ser padre –movió la cabeza como si no lo entendiera.

Aún le causaba dolor el recuerdo de lo que había perdido. Pero al oír a Ronan en ese momento, empezó a pensar que el dolor que habría podido sentir de haber vivido el bebé, habría sido peor.

Porque él habría esperado un matrimonio sin amor, algo que ella jamás hubiera aceptado.

–Los que logran que funcione, parecen bastante satisfechos –continuó él–. Pero uno es lo que ha aprendido de pequeño, Laura. Lo que aprendí yo fue a evitar el matrimonio como si de la peste se tratara. No busques amor en mí, no lo tengo.

–Te equivocas –le dio una última palmada a Deirdre–. Quieres a tu primo. A Sinead. A Patsy.

–Eso es diferente.

No lo era, pero él era incapaz de verlo. Se negaba a cambiar de parecer por temor a poder equivocarse. Nunca se arriesgaría a amar por si se convertía en lo que había visto de niño.

¿Cómo iban a poder unir el abismo que los separaba?

–El amor es el amor, Ronan –comentó tras una larga pausa–. Eres capaz de experimentarlo. Lo he visto en ti. Lo que pasa es que estás demasiado asustado para darle una oportunidad.

–Si es así, tengo derecho a estarlo. Pero sea como fuere, al final representa la misma diferencia.

Lo observó con el corazón desgarrado, sabiendo que lo amaba y que nunca tendrían una oportunidad juntos. Lo que compartieran en Irlanda sería lo último.

Así que tomó una decisión, la única viable. Si no podía tener el

«para siempre», tendría el «ahora». Aceptaría a Ronan como era durante el tiempo que permanecieran en ese lugar de ensueño y acumularía un caudal de recuerdos.

Fue hacia él y observó la cautela asomarse a sus ojos. Le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas. Susurró:

–Te equivocas, Ronan. En todo…

–Laura, debes entender…

–No, no debo. No ahora y tampoco aquí.

Entonces lo besó. Sintió la vacilación de él y luego el apetito voraz al ceder a lo que ambos habían anhelado durante tanto tiempo.

Él le devolvió el beso mientras Deirdre ladraba, el viento cantaba entre las lápidas y en la distancia el mar batía en un redoble incesante.

Se entregó al beso como si significara su vida, lo que en ese momento así era. Y cuando él la abrazó, el corazón se le contrajo mientras pensaba: Recuerda esto.

Capítulo Nueve

El Pub Pennywhistle se hallaba en el centro del pueblo de Dunley. Era pequeño y ruidoso, lleno de aquellos que necesitaban alejarse de sus hogares durante una o dos horas para compartir una conversación, música y bebidas.

A Laura le encantó. No se parecía en nada a los supuestamente pubs irlandeses que había en los Estados Unidos. Allí todo parecía un decorado reluciente, mientras que ahí las paredes eran de piedra, soportadas por vigas de madera antiguas y oscurecidas por años de humo de la turba que alimentaba el fuego de la chimenea.

Mesas sin desbastar que probablemente llevaban en el mismo sitio más de un siglo se veían bellamente barnizadas y la misma barra, larga y de madera oscura, resplandecía bajo las luces del techo.

Había aproximadamente media docena de mesas atestadas de sillas y tres reservados a lo largo de una pared, donde se reunían familias enteras, incluidos niños. Las conversaciones y las risas a su alrededor se elevaban y caían como las olas que se extendían detrás del pueblo.

Laura bebió de su cerveza y sonrió cuando el propietario del local se acercó a su mesa.

–Ronan, ¿vas a quedarte un tiempo esta vez o te vuelves de inmediato a los Estados Unidos?

–Todavía me quedaré un tiempo en casa, Danny –repuso, mirando a Laura.

El pecho amplio de Danny casi alcanzó el perímetro de su cintura cubierta con un mandil blanco al mirar a Laura y sonreír con entusiasmo.

–De haber sabido lo hermosas que eran las damas del otro lado del charco, quizá yo mismo me hubiera ido hace mucho tiempo.

–A Mary probablemente le sorprendería oír eso –comentó Ronan con una sonrisa.

–Ah, pero la habría llevado conmigo –informó Danny–, porque

es la más hermosa de todas –le guiñó un ojo a Laura–. Llamadnos si necesitáis otra cerveza –se marchó para charlar con otros clientes.

–Conoces a todos aquí, ¿verdad? –preguntó ella.

–Aparte de criarme aquí, no deja de ser un pueblo pequeño –se encogió de hombros.

La cerveza estaba fría, el ambiente cálido y la mirada de Ronan cuando se posó en ella lo bastante encendida como para derretir las barricadas más fuertes que podía alzar en torno a su corazón.

Llevaba dos días viviendo en su mundo y observándolo con quienes mejor lo conocían. Seguía siendo mandón y arrogante, pero eso se veía atemperado por el cariño real que sentía por esas personas. Una vez le había contado que su única familia era Sean. Pero se equivocaba.

Tenía un pueblo entero por familia.

Todos lo conocían. Todos lo querían, eso era evidente, y todos estaban orgullosos de lo que había logrado. Sentada a su lado, veía una faceta completamente nueva de Ronan Connolly y el corazón le dolió por lo que sabía que iba a perder pronto.

Desde su primer día en Irlanda y aquella tarde en la torre, había pasado cada momento que podía con él. Los días estaban llenos con recorridos de la campiña, viajes a la ciudad portuaria de Westport y a Galway para que pudiera ver las oficinas de Cosain y vagar por las tiendas. Y cada noche ocupaba la cama de Ronan.

–He visto el dibujo que has hecho de la torre –comentó él en voz baja–. Es precioso.

–Gracias –como no iba a quedarse el tiempo suficiente para poder completar cuadros, se había conformado con comprar cuadernos de dibujo y lápices en Galway, diciéndose que cuando volviera a casa, se tomaría el tiempo de pintarlos todos, y luego se torturaría colgándolos por toda la casa.

Los días siguientes fueron apacibles, lo que hizo que el sistema interno de alarma de Ronan se pusiera en alerta roja. Pensó que esperaba que se abrieran los cielos y que toda la lluvia cayera sobre él. Nada podía ser tan bueno como lo que estaba viviendo durante mucho tiempo.

Los días pasados con Laura habían sido una revelación para él.

Ella se había metido en la vida del pueblo y asumido el ritmo de las cosas en Irlanda como algo innato. En California, se parecía a los demás, siempre con prisa. Pero allí encontraba tiempo para sentarse y dibujar, para trabajar con Patsy en la cocina y pasear por la playa con él con el único fin de ver cómo las olas rompían en la costa.

Y el pueblo, su pueblo, la adoraba.

Lo veía con Sinead, cuando ambas se sentaban ante la chimenea para hablar de música estadounidense y de Hollywood, temas que fascinaban a la joven. Lo veía con Patsy, que intercambió su propia receta de pan irlandés con la excelente salsa de tomate para espaguetis de Laura. Incluso con Sean, que no dejaba de encontrar motivos para pasar por la mansión, y en el pueblo, donde ya había hecho amigos.

Allí donde iba, Laura se hacía un hueco… como había hecho con él.

Aunque le costaba reconocerlo, Laura había marcado su presencia en cada rincón de la casa. Sabía que incluso pasados años, la recordaría sentada en el sofá leyendo, con Deirdre tumbada ante sus pies.

Y eso lo hacía pensar en su piel iluminada por la luna, en el calor de su cuerpo pegado a él y en el grito de su voz cuando se vaciaba en ella.

Todo eso y más lo estaban volviendo loco.

Porque aunque la superficie de su mundo parecía apacible, por debajo todo a su alrededor cambiaba, lo que no le gustaba nada.

–Los Bailey, en Dublín, nos han solicitado otro guardaespaldas.

–¿Qué? –Ronan miró a Molly O’Hara, que desempeñaba el papel de su asistente mientras Brian seguía en California. Trató de recordar de qué habían estado hablando antes de que su mente se pusiera a vagar. Ceñudo pensó que antes de que Laura entrara en su vida, jamás había tenido problemas para concentrarse–. Correcto. Sí. Los Bailey. ¿Les has explicado que hará falta un semana o más?

–Sí –reconoció con un suspiro–. Y la espera no los entusiasma mucho. Se han ofrecido a duplicar la tarifa si puede enviarles a un agente antes.

Mentalmente repasó con rapidez lo que sabía sobre el cliente potencial. John Bailey. Magnate industrial soltero, que realizaba muchos viajes al extranjero para dirigir sus diversos negocios y que

deseaba disponer de protección personal. El problema era que en ese momento no tenían a nadie libre.

Cuando Sam Travis certificara a los nuevos reclutas, pensó que el anterior marine, Cobb, encajaría a la perfección con Bailey.

–Me ocuparé de ello –dijo–. Déjame su ficha. Esta semana dispondremos del grupo nuevo que se graduará en el campo de entrenamiento. Bailey tendrá que elegir si espera a uno o no.

Le entregó la carpeta.

–A menos que necesite algo más, es tarde, así que me marcharé ahora y lo veré el lunes por la mañana.

–Perfecto, Molly. Gracias.

Al quedarse solo, dejó el dossier sobre el escritorio y giró el sillón para contemplar la noche sobre la ciudad de Galway y la bahía más allá. Enterrarse en trabajo no ayudaba. Fingir que no tenía prisa por llegar a casa para estar con Laura no cambiaba la realidad.

Se dio cuenta de que, desde que tenía memoria, era la primera vez que no deseaba estar en el trabajo.

Quería estar en casa.

Donde Laura esperaba.

Maldijo para sus adentros al reconocer que la deseaba. Sin importar cuánto la tocara, no bastaba. Anhelaba más. Hasta que su cuerpo se sentía tan tenso como un tambor.

Se preguntó cuándo se había convertido en alguien vital para él.

Y qué iba a hacer al respecto.

Admitía que no quería que ella se marchara. A pesar de que no tenía nada que ver con el amor, como él bien sabía. Se dijo que si uno se esforzaba y buscaba un compromiso, todos los problemas tenían solución. Laura quería amor y matrimonio. Él no podía dárselos. Pero sin duda habría alguna otra cosa que pudiera ofrecerle a cambio.

Las posibilidades se agolparon en su mente.

En casa, la encontró en su dormitorio, cálida y preciosa en la cama. Pensó que no había nada que deseara más que llegar a casa cada noche para estar con ella durante el resto de su vida. Y se juró que lo haría.

Se desvistió en silencio, se metió entre las sábanas y la arrimó a él.

Ella suspiró y fluyó contra su cuerpo, pasando una pierna por encima de la suya, un brazo sobre su torso y apoyando la cabeza la sobre su hombro.

–Has trabajado hasta tarde –susurró Laura.

–Sí –le besó la frente y le acarició la espalda–. Tenía que aclarar algunas cosas en mi cabeza.

Ella alzó la cabeza para mirarlo y la luna le iluminó parte del rostro.

–¿Lo has solucionado todo?

–Me conoces –musitó Ronan.

–Sí –sonrió.

Ese gesto casi lo dejó sin aire.

–No me apetece hablar ahora –dijo, rodando hasta dejarla debajo de él. Se apoyó en un codo para mirarla a los ojos al tiempo que le apartaba un mechón rubio.

–A mí tampoco me apetece hablar –admitió ella mientras le recorría los labios con las yemas de los dedos.

–Perfecto, entonces –convino, luego inclinó la cabeza para darle un beso.

Cada vez era como la primera vez. Las mismas sensaciones se arracimaban en su interior. Luz y calor y una poderosa explosión de electricidad que le recorrían la mente y el cuerpo y lo dejaban sin aliento.

Quebró el beso y bajó los labios por su garganta y más allá, envuelto en su fragancia. Continuó hasta encontrar los pechos y las cumbres oscuras de los pezones. Probó uno, luego el otro, y remolineó la lengua sobre las cimas sensibles hasta que Laura suspiró de placer y murmuró su nombre.

Ella le acarició la espalda, los hombros, hasta que llegó a sus mejillas.

–Eres preciosa –musitó, complacido por el juego de la luz de la luna sobre sus facciones. Volvió a descender y se tomó su tiempo, proporcionándole a ambos las sensaciones que anhelaban–. Eres lo más bonito que he visto jamás.

–Ronan…

Se situó encima y la penetró con un avance prolongado. Al

instante se perdió en el calor que emanaba de Laura. Gimió y estableció un ritmo que ella siguió en el acto. La embistió una y otra vez, subiendo más con cada embate, próximos al final que les esperaba, y cuando la oyó gritar, cuando sintió que le temblaba el cuerpo, se permitió seguirla.

No dejó de mirarla mientras el mundo se fragmentaba alrededor de ambos y supo que sin ella nunca nada volvería a ser igual.

Unos minutos después, con Laura acurrucada contra él, decidió que era el momento perfecto para ponerla al corriente del plan que había trazado.

–¿Sabes? –musitó–. He llegado a la conclusión de lo que es necesario hacer.

–¿Acerca de qué?

–De nosotros –eso captó su atención.

–¿A qué te refieres exactamente?

–Creo que deberíamos casarnos –explicó con una sonrisa.

–¿Qué? –ceñuda, se sentó y el edredón y le cayó en el regazo mientras el cabello le caía sobre la parte superior de los pechos. Con parsimonia, él alzó una mano para jugar con un pezón, pero se la apartó–. ¿De qué estás hablando? ¿Matrimonio? Tú mismo dijiste que eso era una trampa.

–Podría serlo, si te metieras en él asombrado, enamorado y esperando rosas todos los días –indicó–. Pero si lo hiciéramos como socios, incluso como amigos, cada uno podría tener lo que más desea.

–Amigos.

–Más que eso –le aseguró –irguiéndose para acomodar la cabeza sobre una almohada–. Sería el mejor de todos los mundos posibles, Laura –expuso, algo sorprendido por la falta de entusiasmo de ella. ¿Acaso no era eso lo que buscaba Laura? Le tomó la mano y se la acarició–. Jamás pensé en pedirle a una mujer que fuera mía para siempre. Pero contigo es diferente.

–Diferente.

Ronan frunció levemente el ceño. Cada vez le preocupaba más la actitud de ella, pero ya se había involucrado demasiado como para dar marcha atrás, aunque fuera eso lo que hubiera querido.

–Formamos un buen equipo, Laura. Nos llevamos bien. Somos fantásticos en la cama. Podríamos ser felices.

–Felices.

–¿Es que solo vas a repetir mis palabras? –soltó él ceñudo–. ¿No tienes nada que decir? Nunca antes que a ti le había pedido a alguien que compartiera mi vida.

–¿Y qué se supone que he de decir, Ronan? ¿También has pensado en eso?

–No pensé que tuviera que hacerlo –reconoció–, aunque de haber sido así, habría sido diferente que esto –de hecho, le había parecido tan claro y lógico, que supuso que ella se arrojaría a sus brazos con un grito de felicidad y un sonoro: «¡Sí, me casaré contigo, Ronan!».

–Y en alguna parte de este escenario que has montado –preguntó Laura–, ¿surgió en algún momento la palabra amor?

–No, no apareció, ¿y por qué debería hacerlo, pregunto yo ahora? –al ver la expresión paralizada de ella, se apresuró a añadir–: Se trata más de una sociedad. Algo más semejante a un contrato. ¿No es suficiente con que te desee? ¿Con que te admire tanto? ¿Con que me gustes como nunca lo imaginé?

–No –subió el edredón hasta sostenerlo como un escudo delante de ella–. No lo es. Quiero amor.

–Maldita sea, Laura, sé razonable.

–¿Por qué debería serlo? Quiero una familia, Ronan. Hijos.

–Igual que yo –se rascó la cabeza–. Reconozco que no había pensado en ello hasta la pérdida de nuestro bebé, pero desde entonces esa pérdida me ha obsesionado. No dejo de pensar en ese bebé y en lo que pudo haber sido.

–Yo también –susurró ella.

Ronan le tomó las manos.

–Podríamos tener hijos juntos, Laura. Crear una familia sin que ninguno de los dos tenga que arriesgarse con algo tan etéreo como el amor. Cásate conmigo. Vive conmigo aquí. Traeremos a Bestia a Irlanda y todos podremos tener lo que queremos –ella guardó silencio y eso le dio esperanzas–. ¿Te lo pensarás? –sintió que le temblaban las manos–. ¿Harás eso al menos?

–Lo pensaré, Ronan, pero no te haré ninguna promesa.

–Con eso me basta por ahora –la abrazó como si estuviera decidido a no dejar que se le escapara.

A pesar de lo atribulada e indecisa que la había dejado la propuesta, sabía que un matrimonio no tenía ninguna posibilidad si no empezaba de la forma correcta. Además, ¿cómo podría casarse con él, amándolo como lo amaba, con el conocimiento de que su amor jamás sería correspondido?

Aunque aún no se lo había dicho porque no quería perder un tiempo precioso en discusiones, era sencillo. Ella necesitaba amor. Él no lo daría. No había ninguna posibilidad de transigir, sin importar lo que él pudiera creer.

Cuánto lo echaría de menos una vez que estuviera de vuelta en casa, sola otra vez.

Después de la cena en un hermoso restaurante, caminaron por las calles de Dublín tomados de la mano. Se detuvieron en uno de los puentes hermosos y contemplaron el río Liffey, que parecía una hebra de plata a la luz de la luna al tiempo que zigzagueaba en su curso por la ciudad.

Y él la besó allí, acariciándole el cabello, abrazándola a la vez que se tomaba su tiempo para saborearla y enloquecerle el cuerpo. Laura se dijo que ahí tenía otro recuerdo, mientras la ciudad y la gente se desvanecían.

Cuando terminó, apoyó la frente contra la suya y murmuró:

–Tenemos un viaje de dos horas de regreso a Dunley. ¿Vamos a casa o pasamos la noche aquí en un hotel?

–Vayamos a casa –dijo ella.

–Buena respuesta –convino con una sonrisa.

Capítulo Diez

Durante el desayuno aquella mañana, Ronan le había dicho que irían a la cabaña de Maeve, la mujer que había sido su niñera de pequeño y a la que él cuidaba en los años de vejez, aunque reconocía que ella no se lo ponía nada fácil.

Sabía que le iba a partir el corazón dejarlo.

Mientras tanto…

–Maeve, si no me dejas cambiar ese tejado de tierra, cuando vengan las lluvias este invierno, bien podrías salir a dormir a la intemperie para la protección que te va a dar. Te arrastrará hacia el mar en una ola de tu propia obstinación.

Ella enarcó una ceja y se irguió en todo su metro y medio.

–Cuando necesite un tejado nuevo –le informó mientras observaba rápidamente la cabaña encalada de blanco con la puerta azul–, te lo haré saber. Hasta entonces, puedes tapar los agujeros.

–Tiene más agujeros que tejas encima –indicó Ronan.

–Entonces, será mejor que te pongas ya manos a la obra –le indicó la anciana.

Él levantó las manos en señal de derrota y se marchó.

A solas con la mujer mayor, Laura la siguió a un banco gastado de madera situado bajo un árbol, luego se sentó a su lado.

–Realmente quiere cambiar el tejado de su casa.

–Oh, lo sé, pero este aguantará un año más –Maeve le palmeó la mano–. Ronan siempre ha sido generoso. Es un buen muchacho, pero jamás consiguió descubrir cómo aceptar un no por respuesta.

–Le gusta salirse con la suya –musitó Laura, observando mientras caminaba por el tejado al tiempo que equilibraba un fardo pesado de tejas sobre el hombro.

–¿Y por qué no? –Maeve chasqueó la lengua y movió la cabeza–. Fue criado para ser todo lo autosuficiente que pudiera. A los diez años ya tomaba sus propias decisiones y costaba que las cambiara tanto como mover una roca en el barro.

Ahí había una fuente que podía proporcionarle algún vestigio

del verdadero Ronan.

–Me ha hablado de sus padres. Me ha comentado que fueron desdichados juntos –comentó con cautela.

–Lo fueron –convino Maeve con un suspiro–. Jamás he conocido a dos personas menos hechas la una para la otra. Eran como dos carneros que entrechocaran sus cornamentas por el control del rebaño.

Suspiró con simpatía por el niño que había sido y miró al hombre que colocaba tejas para una anciana que necesitaba esa ayuda. Era tan obstinado. Insistir en que no sabía cómo amar cuando tenía ante sí mismo la prueba de todo lo contrario.

Ella sentía el amor que le profesaba cuando estaban juntos, pero no iba a conformarse con menos que oírlo de su propia boca. Si jamás reconocía lo que sentía, ¿cómo iba a poder comprometerse realmente con ella? La amaba, pero se negaba a verlo.

–Debió de ser duro para él.

–Desde luego –coincidió la anciana–. Casi siempre Ronan se veía atrapado entre los dos, desgarrado entre sus lealtades, hasta que al final les dio la espalda a ambos. ¿Quién podría culparlo?

–Pero la tenía a usted.

–Sí. También a Sean y a la madre de este, aparte de a sus amigos en el pueblo y a Patsy Brennan, bendita sea –Maeve frunció el ceño–. Pero siempre había un vacío en él donde debería haber estado el amor que no había recibido. A pesar de todo, creció bien, con un gran corazón.

–Así es –confirmó Laura–. Pero mi problema es con su testarudez.

Maeve rio.

–Bueno, eso no es una sorpresa. Siempre fue tan orgulloso y seguro de sí mismo como un obispo.

–Y está absolutamente convencido de que no sabe cómo amar –soltó Laura sin reflexionar.

–Eso es una tontería –afirmó la anciana, moviendo la cabeza.

–Gracias –sonrió con tristeza–. Yo lo sé. Por desgracia, Ronan lo cree.

–Y tú buscas que cambie de parecer.

–Lo intenté –reconoció, sintiendo esa pesadez de corazón a la que empezaba a acostumbrarse.

–Ah, tendrías más suerte haciendo que la marea cambiara.

–Supongo que sí –se dio cuenta de que necesitaba esa conversación–. He intentado llegar a él pero he fracasado.

–Lo amas.

–Sí –confesó–, aunque poco importa.

–Es lo único que cuenta.

–No si le es imposible admitir que también él me ama –en ese momento miró a Ronan, de espaldas a ella mientras daba martillazos, con ojos centelleantes–. Sé que me ama –susurró casi para sí misma–. Lo veo en sus ojos. Pero él ni siquiera se permite sentirlo. No deja que lo compartamos.

–No te rindas, Laura –le apretó aún más la mano–. No es un hombre fácil, pero es un buen hombre. He visto cómo te mira y, sí, ahí hay amor. Lo que pasa es que todavía no ha encontrado un modo de aceptarlo. Lo hará. Sé que lo hará.

–Puede ser, pero no puedo quedarme aquí indefinidamente con la esperanza de que algún día lo descubra. Eso me mataría poco a poco. No. He de volver a casa.

El lunes por la mañana Ronan se fue a trabajar y ella se preparó para hacer lo que debía. Dejarlo mientras todavía le era posible.

Le sentaba mal escabullirse de esa manera, pero jamás habría sido capaz de despedirse cara a cara. Con solo mirarlo a los ojos, olvidaría que necesitaba más y se acomodaría a lo que pudiera recibir. Y no podía aceptar eso.

Tenía una reserva en un jet de Irish Air de la compañía de Sean para ir a Heathrow y desde allí comprar un billete a California. Echó un último vistazo al dormitorio donde había pasado tan buenos momentos y sintió un nudo en la garganta.

–Oh, Dios…

En la última semana había acumulado suficientes recuerdos para que le duraran una vida. Con eso tendría que bastar.

Salió con la maleta y cerró la puerta a su espalda. No miró atrás.

Esa extraña sensación de algo que… no encajaba… permanecía con él.

Cada vez que intentaba desterrarla, se asentaba más en su interior. Desde la noche de la proposición, Laura había parecido más callada, más pensativa. Esa distancia que había sentido en la casa de Maeve se había pronunciado. Se dijo que solo se debía al hecho de que estaba analizando seriamente la petición.

Y a pesar de que la había chantajeado para que lo acompañara a Irlanda, se había entregado a él sin contener nada. Sentía amor en su contacto, lo probaba en sus besos y sabía que no quería vivir sin ese amor.

Fue hacia la amplia ventana que daba a la ciudad y a la amplia extensión de océano que se fundía con el cielo en el horizonte y pensó que era única.

Fuerte y suave, cariñosa y obstinada, amable y generosa. Inteligente y divertida, ambiciosa y talentosa… era todo lo que siempre había anhelado en una mujer y más.

Apoyó las manos a ambos lados de la ventana. Su propio reflejo lo miró con frustración en los ojos.

–Cede. ¿Es que quieres pedirle todavía más o al fin vas a reconocer lo que sientes, lo que sabes? –mirando a ese otro hombre, añadió–: ¿Puedes correr el riesgo? ¿Puedes no correrlo?

Llamaron a la puerta y se volvió, agradecido por la interrupción. Molly entró en el despacho.

–Una señora llamada Carrol ha venido a verlo, señor.

–¿Maeve Carrol? ¿Aquí en la oficina?

–Sí, señor, no tiene cita, pero…

–Estoy aquí mismo, jovencita, y no tengo tiempo para perder esperando ahí afuera –manifestó la anciana desde el umbral, recta como un soldado..

–Lo siento, señor Connolly –dijo Molly con un gesto contrariado–, le pedí que esperara…

–Está bien –miró a su asistente y asintió. Rodeó el escritorio y fue hacia Maeve, a la que tomó por el brazo y guio al interior–. Eso es todo, Molly. Cierra la puerta al salir.

Una vez solos, sentó a su vieja niñera en un sillón mientras él se acomodaba en una esquina de la mesa. No podía estar más asombrado. Por lo que sabía, Maeve no había salido de Dunley, salvo por alguna esporádica ida a Westport, en más de una década.

Lo que significaba que esa visita no presagiaba buenas noticias.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, sí.

–Entonces, ¿qué sucede, Maeve?

–Podrías despertar a la verdad de las cosas antes de que sea demasiado tarde.

–¿Y eso qué se supone que significa?

–Que he venido a hablarte de Laura.

–¿Laura? ¿Qué ha pasado? –se apartó del escritorio–. ¿Le ha sucedido algo?

–Parecía bien la última vez que la vi –le informó Maeve.

–La última vez… –lo recorrió una sensación incómoda–. Pero dijo que iba a pasar el día… un momento –se frotó la nuca con la sensación de que algo iba muy mal–. Dijo que iba a pasar el día contigo. Que tú habías aceptado que te dibujara para hacer tu retrato.

–Sí, bueno, es evidente que no tuvo tiempo para eso, ¿verdad? Después de todo, tiene que subirse a un avión.

–¿Un avión?

–Es lo que acabo de decir. Sé que no estás sordo.

–Maeve, cuéntame…

–Daba la impresión de haber llorado bastante cuando pasó por mi cabaña para despedirse.

–¿Despedirse?

–¿Es que solo vas a repetir mis palabras, Ronan? ¿O me vas a dejar acabar?

Eso captó su atención.

–Te escucho, Maeve. ¿Qué dijo? ¿Adónde ha ido? Y por todos los cielos, ¿por qué?

Aunque no creyó que esa última pregunta fuera difícil de contestar. Se había ido porque él no le había dado otra opción con su farsa de contrato legal de matrimonio.

Maeve abrió su bolso y sacó un sobre fino de color marfil. Ronan reconoció el papel como el que tenía en su escritorio en casa. Leyó la nota breve en un par de segundos.

Ronan,

Lamento irme de esta manera, pero si te hubiera mirado a los ojos, no habría sido capaz de decirte adiós. Jamás habría encontrado el valor

para marcharme. Y he de hacerlo. No puedo quedarme con un hombre que no se permite amarme.

Nunca olvidaré el tiempo que he pasado aquí contigo. Y cuando vuelvas a Cosain en California, también te devolveré a Bestia. No quiero que estés solo en tu nueva y hermosa casa.

Por favor, recuerda que te amo.

Laura

Dentro de él se abrió un vacío creciente. Estrujó el papel con fuerza, como si con ello pudiera hacer que las palabras se desvanecieran.

–¿Se ha ido? ¿Se ha marchado?

–Me parece claro que así es –corroboró Maeve–. Me dijo que iba a tomar uno de los vuelos de Sean a Londres y desde allí otro a casa.

A un océano de distancia de él.

–Lo importante es saber qué vas a hacer tú –añadió la anciana.

Ronan ya había tomado la decisión de tener a Laura y bajo ningún concepto iba a dejar que eso lo frenara.

–La detendré –respondió–. Luego la traeré de vuelta aquí, la besaré hasta que pierda el sentido y la convenceré de que se case conmigo.

Maeve asintió con energía.

–Eso debería bastar. Aún dispones de tiempo. Le encargué a Aidan Muldoon que la llevara al aeropuerto y le dije que se perdiera en el camino. No llegará a tiempo para ese vuelo. El resto depende de ti.

–Eres una mujer brillante, Maeve Carrol.

–Lo sé. ¿Qué haces todavía aquí? ¿No tienes que ir al aeropuerto?

–Desde luego –se inclinó y le dio un beso fuerte en la mejilla, luego le sonrió–. Bendita seas, Maeve. Le diré a mi asistente que arregle que te lleven a casa.

La mujer mayor se acomodó en su sillón mientras Ronan se ponía el abrigo y abandonaba el despacho al tiempo que gritaba el nombre de Molly.

Capítulo Once

Cuando Laura llegó al aeropuerto, hacía rato que su avión había despegado. Y cuando intentó hacer otra reserva, le informaron de que había un problema con su pasaporte. En su vida se había sentido más frustrada.

Sentía que las paredes gris industrial de la oficina de seguridad se cerraban sobre ella. Como ni siquiera había espacio para ir de un lado a otro, permaneció pegada a la silla durante casi dos horas.

–No lo entiendo –se quejó por lo que parecía la enésima vez–. ¿Por qué se me retiene aquí?

–Como ya le he dicho, hay un problema con su pasaporte, señorita –respondió el jefe de seguridad del aeropuerto–, y hasta que se arregle, sencillamente tendrá que esperar.

–Pero, ¿qué clase de problema?

–Eso no lo sé –repuso con una sonrisa–. ¿Le apetece otra taza de té?

–No, gracias. Lo que sí puede hacer es dejarme ir. He de reservar mi vuelo de enlace con Londres.

–No hasta que las cosas se arreglen, señorita.

Nada había salido bien desde que dejara la cabaña de Maeve. Había contratado al hijo de Danny Muldoon, Aidan, para que la llevara al aeropuerto, pero el muchacho se había perdido y ella había terminado por perderse el vuelo de Irish Air.

Y como no consiguiera otro pronto, también se perdería el vuelo de Heathrow.

–¿Estoy bajo arresto o algo por el estilo?

–Nadie ha mencionado nada sobre arrestos, ¿verdad? No hay necesidad de que se inquiete, señorita. Estoy seguro de que esto se solucionará en cuanto él llegue.

–¿Él? –preguntó con suspicacia–. ¿Quién es él?

–La persona que arreglará todo esto, señorita –informó el fornido agente de seguridad.

Lo miró con ojos entrecerrados y pensó que ahí pasaba algo. Y

no solo con el guardia. ¿Aidan Muldoon perdiéndose en una campiña en la que había vivido toda su vida? ¿Ella perdiendo el avión? ¿Sin poder reservar otro billete? Parecía muy improbable a menos que…

–Ahí estás.

Cerró los ojos al oír esa voz profunda y tan familiar. Giró la cabeza y se encontró con los ojos de Ronan.

–Tú estabas detrás de todo esto, ¿verdad?

Pero él miró al jefe de seguridad.

–Gracias por todo, Eddie. ¿Podríamos disponer de un momento a solas?

–Por supuesto, Ronan –con afabilidad, el hombre rodeó el escritorio y salió.

–¡Y encima os conocéis! –exclamó ella.

–Claro. Eddie Flanagan vive en Dunley. Su madre, Frances, dirige la oficina de correos. Yo crecí con Eddie.

–¿O sea que llamaste al aeropuerto y le pediste a tu viejo amigo que te hiciera el favor de arrestarme? –espetó con indignación.

–No te arrestaron –aclaró él–. Solo te retuvieron hasta que yo pudiera llegar desde Galway.

–No tenías derecho –asió su bolso–. Me voy de Irlanda. Te dejo y no podrás detenerme.

–Oh, claro que sí –murmuró.

Esa voz ronca le recorrió todas las terminales nerviosas del cuerpo.

–Márchate, Ronan –pidió con furia.

–No lo haré.

Laura extendió el asa de su maleta con ruedas.

–No deberías estar aquí –lo miró fijamente–. ¿Por qué estás aquí? –entonces lo vio todo claro–. Maeve te lo contó.

–Así es.

–La muy traidora –y entonces recordó que había sido la misma Maeve quien había arreglado que Aidan la llevara al aeropuerto. Todo había sido una trampa, un modo de demorarla hasta que Ronan pudiera encontrarla–. Debí imaginar que estaría de tu parte.

–Me dejaste una nota –acusó él.

–Era lo mejor. Lo más fácil –musitó, disgustada por el fracaso de sus planes.

–¿Más fácil que qué?

–Que mirarte a los ojos e intentar despedirme de ti.

–Escabullirte antes de que yo pudiera enterarme y hacer algo al respecto fue una cobardía, Laura.

–¿Una cobardía? ¿Tanto como presentar una proposición matrimonial como un contrato entre amigos? ¿Te refieres a esa clase de cobardía, Ronan? –satisfecha, vio que hacía una mueca.

–Esa es una palabra que jamás pensé que se aplicaría a mí –reconoció con un movimiento de la cabeza–. Pero la triste verdad es que tienes razón. Fue una cobardía. Pero a ti no te ha ido mejor en ese campo. Así que estamos en paz.

Laura sentía que no podía respirar en la pequeña habitación en la que se hallaban. Odiaba tener que mirarlo y decirle adiós.

–Lo estropeaste todo –le expuso–. Si solo te hubieras mantenido lejos…

–Entonces habría perdido mi oportunidad –le quitó el asa de la maleta y con la mano libre la tomó del brazo.

–¿Qué haces?

–Para empezar, salir de esta condenada caja de zapatos. Hablaremos fuera.

–No. No iré a ninguna parte contigo, Ronan –se plantó y se resistió cuando él tiró.

–Vendrás. Por voluntad propia o sobre mi hombro. Tú decides.

Lo miró a los ojos y supo que no bromeaba. Al salir, le lanzó una mirada ceñuda a Eddie cuando Ronan le dio las gracias por la ayuda prestada.

Atravesaron el vestíbulo y seguidos del sonido de las ruedas de su maleta cruzaron las puertas hacia el frío viento irlandés.

Laura seguía ceñuda cuando él se detuvo en el aparcamiento ante su brillante Range Rover negro.

–Di lo que tengas que decir ya –le indicó–. Aún dispongo de tiempo para tomar otro vuelo a Heathrow para mi enlace con California.

Ronan sintió que su mundo se tambaleaba. Había pasado todo el trayecto desde Galway pensando en lo que quería decirle, pero una vez con ella, su plan se había evaporado y las palabras salieron a trompicones.

–No tenías derecho a dejarme de esa manera, Laura. Sin siquiera

una palabra.

–No lo hice para herirte –arguyó–. O para enfurecerte. Intentaba que esto nos resultara más fácil a los dos.

–¿Cómo podría ser alguna vez fácil perderte?

–Ronan…

–No –la cortó y la sujetó por los hombros cuando quiso girar. Respiró hondo antes de hablar–. Pudiste explicarte en tu condenada nota. Ahora me toca a mí.

Asintiendo, se apartó de él y Ronan cerró las manos con fuerza.

–Perfecto –aceptó Laura–. Habla, entonces. Dime cómo deberíamos casarnos como amigos.

–Te amo.

Ella parpadeó y lo miró fijamente.

–¿Qué?

–No es como había planeado decírtelo, pero siempre consigues distraerme, así que lo repetiré para asegurarme de que me has oído –volvió a sujetarla y en esa ocasión ella no se apartó. La miró a los ojos azules y se perdió en ellos–. Te amo, Laura.

–Ronan…

–Si no hubieras huido al aeropuerto –añadió–. Te lo habría dicho junto a la torre redonda. Tenía un plan.

–¿Un plan? –esbozó una leve sonrisa.

–Sí. Se me ocurrió esta mañana –frunció el ceño–. Antes de que Maeve se presentara con esa condenada nota. He sido un tonto –agregó.

–Es cierto.

–Suponía que en eso coincidirías conmigo –bufó.

Lo agarró de las solapas del traje y tiró de él.

–Sigue hablando, Ronan. Te escucho.

–De acuerdo. Te lo expondré con claridad y luego tú elegirás. Un avión. O a casa. Conmigo.

Laura asintió con sonrisa suave y comprensiva. Los ojos le brillaban con un destello de lágrimas que él esperó que indicaran que era feliz. Al mirarla, comprendió lo que había estado a punto de perder.

Con un suspiro, continuó:

–En una ocasión pensé que si no pronunciaba la palabra amor, estaría a salvo. Evitaría cometer los errores de mis padres y no

pagaría el precio en desdicha. La verdad es que no quería amarte, Laura.

–Mentiroso.

Él sonrió.

–Sí, de acuerdo, es mentira. Quería hacerlo. Lo que pasa es que era demasiado…

–No importa –apoyó la palma de la mano en su mejilla.

Ronan se la inmovilizó allí.

–La verdad es que sin la palabra amor, nada es seguro. Porque nada importa.

–Yo te amo –susurró Laura.

–Quiero oír eso a menudo –le advirtió él.

–Yo también.

–Te amo, Laura. Y no irás a ninguna parte a no ser que sea conmigo.

–Aún he de irme, Ronan –expuso riendo y moviendo la cabeza–. Tengo una casa en California. Un negocio.

–También he pensado en ello –se apresuró a decir él–. Si quieres dedicarte a los bienes inmuebles, puedes hacerlo aquí. O podrías pintar. Tienes un don maravilloso para eso, y me sentiría orgulloso de ver cómo lo desarrollas.

–Oh, Ronan…

–En cuanto a tu negocio –prosiguió–, si quieres mantener tu sociedad con Georgia, también podemos hacerlo. Yo tendré que ir a menudo a los Estados Unidos por negocios. Si te apetece, podemos vivir la mitad del año aquí y la otra allí.

–Querré ir de visita –dijo con júbilo–. Pero ahora mi hogar está aquí, contigo.

La abrazó con fuerza.

–Eso es maravilloso, Laura –murmuró sobre su cabello, emborrachándose con su fragancia. Pasado un buen rato, cuando el corazón se le aquietó, la miró y sonrió–. Más tarde te diré todo esto de la forma adecuada en la torre. Pero por ahora, ¿quieres casarte conmigo, Laura? ¿Te quedarás conmigo y me amarás? ¿Tendrás hijos conmigo y construiremos un hogar?

–Sí –respondió con una sonrisa amplia y resplandeciente–, Ronan. Me quedaré contigo y te amaré siempre.

–Puede que no sea tiempo suficiente –susurró antes de inclinarse

para besarla.

Epílogo

La boda se celebró un mes más tarde en Huntington Beach, California.

Después de la ceremonia, hubo una pequeña recepción en el piso de Laura.

Había flores por doquier y hasta Bestia llevaba una guirnalda de margaritas alrededor de la cabeza.

Los padres de Laura habían ido desde Oregón. Ronan se había mostrado algo preocupado ante la idea de conocerlos, pero tal como le había asegurado ella, eran personas adorables. Le dieron la bienvenida a la familia y prometieron reunirse con ellos en Irlanda para pasar juntos la Navidad.

Hubo algunos asuntos burocráticos de los que ocuparse, como trasladarle todo el negocio a Georgia, al igual que la titularidad completa en la escritura del piso, a pesar de las objeciones que puso su hermana. Luego habían dedicado casi todo el mes a llorar, reír y hacer planes para que Georgia fuera a hacerles una larga visita a Dunley.

Ronan recorrió con la vista la atestada sala. Brian, su asistente, charlaba con una pelirroja hermosa. Sam Travis y su esposa reían con los padres de Laura. Se habían reunido amigos, empleados y familia, algo que agradeció con toda su alma.

–Tendrás que casarte otra vez en Irlanda –le dijo Sean, acercándose por detrás al tiempo que le entregaba una cerveza–. Todo el mundo en casa está irritado por perderse la fiesta.

–Lo sé. Ya me he enterado de que Patsy prepara una celebración para cuando regresemos –con una sonrisa, pensó que su esposa y él volverían a casa después de pasar una semana en una isla privada en el Caribe. Tener a Laura para él solo durante siete días de sol y sexo sonaba maravilloso.

Su vida se había vuelto completa, y todo por una mujer terca con ojos tan profundos como el océano y un corazón más leal que el que jamás había conocido.

–¿Te llevarás a Bestia a casa? –le preguntó Ronan–. He rellenado los papeles de cuarentena y…

–Sí, ya me lo has dicho –comentó Sean–. No te preocupes. Bestia estará en la mansión cuando lleguéis a casa.

Eso sonaba bien, e incluso mejor con Laura.

–El avión tiene combustible y está listo para despegar en cuanto lleguéis al aeropuerto –continuó Sean–. También lo he aprovisionado con champán –miró a su primo–. Georgia me ha prometido mostrarme el lugar durante mi estancia aquí.

Ronan le devolvió la mirada con expresión de advertencia.

–Estamos hablando de la hermana de Laura, Sean. No hagas nada que me obligue a matarte.

–Solo un poco de diversión, Ronan. No hay nada de qué preocuparse.

Antes de que pudiera decir algo más, se acercó su hermosa esposa.

–Baila conmigo –pidió.

Le entregó la cerveza a su primo y se marchó sin mirar atrás.

–Eres lo más hermoso que jamás he visto –le susurró él al oído–. Y me considero un hombre afortunado.

–Sin duda lo eres –coincidió ella con una sonrisa y unos ojos llenos de amor.

Los aplausos estallaron y hasta Bestia aulló mientras los recién casados se besaban y sellaban su futuro con una promesa.